



# LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

## KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

— ¡Ah, señores renegados, que os sometéis á las prescripciones de Mahmoud; yo os enseñaré que quedan todavía antiguos creyentes, sobre los cuales nunca tendréis razon!

Nadie le contradecía entonces, y sin embargo, se iba animando más.

— ¡Ah, pretendéis monopolizar el Bósforo á vuestro gusto! ¡Bien; yo me río de vuestro Bósforo! ¿Qué decís, Van Mitten?

— No digo nada— respondió Van Mitten, que verdaderamente no había articulado una sola palabra, de lo que se hubiera guardado bien.

— ¡Vuestro Bósforo! ¡Su Bósforo! — repuso el señor Keraban dirigiendo su mano hácia el Sur. — ¡Felizmente el Uar Negro está allí! También tiene un litoral, y no se ha hecho solamente para los conductores de caravanas. Le seguiré, le costearé, ¡Ah, amigos míos, ya veréis la cara que pondrán aquellos empleados del gobierno, cuando me vean aparecer

en las alturas de Scütari, sin haber arrojado ni medio para en las arcas de los mendigos de la administración!

Es necesario convenir que el señor Keraban, rebosando en amenazas é imprecaciones contra el nuevo gobierno turco, estaba magnífico.

— ¡Vamos, Ahmet! ¡Vamos, Van Mitten! — exclamó. — ¡En marcha, en marcha!

Estaba ya en la puerta, cuando Selim le detuvo con una palabra:

— Amigo Keraban — le dijo: — una simple observación.

— ¡Nada de observaciones!

— Bien, una sencilla advertencia que desearía haceros — repuso el banquero.

— Por ventura, ¿tenemos tiempo?

— Escuchadme, amigo Keraban. ¿Una vez en Scütari, después de haber dado la vuelta al mar Negro, qué haréis?

—¿Yo?..... Pues bien, yo.... yo....

—¿No iréis á fijaros en Scutari, me supongo, sin volver á Constantinopla, donde está vuestra casa de comercio?

—No.....—balbuceó Keraban.

—Pero, tío—observó Ahmet—por poco que os obstineis en no pasar el Bósforo, nuestro matrimonio.....

—¡Amigo Selim, nada más sencillo!—respondió Keraban aludiendo á la primera cuestion, que no dejaba de preocuparle.—¿Qué es lo que os impide venir á Scutari con Amasia? Os costará diez paras por persona, por atravesar el Bósforo, pero vuestro honor no está comprometido como el mio en ese asunto.

—¡Sí, sí! ¡Venid á Scutari por un mes!—exclamó.



La gran escalera de Odessa.

mó Ahmet.—Nos aguardaréis allí, querida Amasia, que nosotros harémos porque no aguardéis mucho.

—¡Sea; id á Scutari!—respondió Selim.—Allí celebraremos el matrimonio. Pero, amigo Keraban, el casamiento hecho, ¿no volveréis á Constantinopla?

—¡Volveré, cierto; volveré!—exclamó Keraban.

—¿Y cómo?

—Pues cuando ese impuesto se haya abolido atravesaré el Bósforo..... sin pagar.....

—¿Y si no lo está?

—¿Si no lo está?.....—respondió el señor Keraban.—¡Por Alah, tomaré el mismo camino y daré la vuelta al mar Negro!

## SEGUNDA PARTE.

### I.

EN EL QUE SE MEZCLA UN POCO DE DRAMA Y CIERTA HISTÓRICA FANTASÍA DE VIAJE.

¡Habian partido! Habian dejado la posesion, el señor Keraban para continuar el viaje, Van Mitten para acompañar á su amigo, Ahmet para seguir á su tío, y Nizib y Bruno porque no podían hacer otra cosa. La habitacion estaba desierta, á no ser cinco ó seis servidores que se ocupaban en arreglarla. Hasta el banquero Selim acababa de ir á Odessa, con el fin

de entregar á los viajeros los rublos en cambio de las piastras otomanas.

En la casa sólo habia entonces dos jóvenes, Amasia y Nedjeb.

El capitán maltés lo sabia. Todas las peripecias de aquella escena de despedida las habia contemplado con el interes fácil de comprender. ¿Dilataría al se-

ñor Keraban el matrimonio hasta su vuelta? Lo habia dilatóado: primera buena señal para sus proyectos. ¿Consentiría Ahmet en acompañar á su tío? Habia consentido: segunda buena señal para Yarhud.

Pues bien, el maltés tenia una tercera: Amasia y Nedjeb estaban solas en la posesion, ó por lo ménos, en la galeria que se extendia hasta el mar. La em-



La habitación estaba desierta.

lacion estaba á medio cable.... El bote le aguardaba en las gradas.... Sus marineros estaban prontos á obedecerle á la primera señal.... No faltaba más que obrar.

El capitán estivo á punto de emplear la violencia para apoderarse de Amasia. Pero, como en el fondo era un hombre prudente, no queriendo entregarse al azar, decidido á no dejar rastro alguno del rapto, se puso á reflexionar.

Si empleaba la fuerza, Amasia pediría socorro. Nedjeb, uniría sus gritos á los suyos. Tal vez serian oídas por algun eriado; ¿Entonces verian á la Guida-

re aparejar para salir de la bahia de Odesa! Y sería ya un indicio, una prueba.... ¡No! era mejor obrar con más circunspeccion y aguardar á la noche para ello. Lo importante era que Ahmet no estuviese allí... y no estaba.

El maltés quedó, pues, escondido, sentado en la popa de su bote, algo disimulado por la balaustrada, observando á las dos jóvenes. Ellas ni pensaban siquiera en la presencia de aquel peligroso personaje.

Por otra parte, si por la visita convenida, Amasia y Nedjeb consentian en ir á bordo de la embarcacion, ya fuese para examinar los artículos, ya por cual-

quier otro motivo (y Yarbud ya tenía sus proyectos en atención á esto), vería si era oportuno decidirse sin aguardar la noche.

Después de la partida de Ahmet, Amasia, indispuesta por aquel rápido golpe, estaba silenciosa, pensativa, observando el lejano horizonte que se desarrollaba hacia el Norte.

Allí se dibujaba el litoral que los obstinados viajeros iban á seguir; allí, aquel camino, en el que las tardanzas, los peligros tal vez, pondrían á prueba el carácter del señor Keraban y de todos los que á pesar suyo le acompañaban.

Si su matrimonio se hubiese efectuado, no hubiera vacilado en acompañar á Ahmet. Entónces, ¿de qué modo hubiera podido oponerse su tío? No se hubiera opuesto. ¡No! siendo ya su sobrina, la parecía que hubiera tenido alguna influencia sobre él, que le hubiera detenido en aquella peligrosa pendiente, donde su obstinación podía empujarle todavía. Y sin embargo, estaba sola y le era necesario aguardar semanas enteras antes de encontrarse con Ahmet en aquella posesión de Scutari, donde su unión debía efectuarse.

Mas si Amasia estaba triste, Nedjeb estaba furiosa, y furiosa contra el testarudo, causa de todas las desdichas. ¡Ah, si se hubiese tratado de su propio matrimonio, la joven zingara no se hubiera dejado llevar de aquella manera á su futuro! Habiera contrariado los propósitos del testarudo personaje. Las cosas hubieran pasado de bien distinta manera.

Nedjeb se aproximó á la joven, cogiéndola de la mano; la llevó al diván, obligándola á sentarse, y tomando un cojín, se sentó á sus pies.

Querida señora — dijo — en vuestro lugar, en vez de pensar en el señor Ahmet, yo pensaría en el señor Keraban, para maldecirle á mi gusto.

— ¿Y para qué? — respondió Amasia.

— Me parece que sería menos triste — repuso Nedjeb. — Si queréis, colmaremos á ese buen tío de toda clase de maldiciones. Las merece, y os aseguro que no me quedaré corta.

— No, Nedjeb — respondió Amasia. — Hablemos de Ahmet. ¡En él es en el que solamente debo pensar, y en él pienso!

— Hablemos, pues, querida señora — dijo Nedjeb. — Es cierto que es el más agradable y bueno de los hombres que pueda soñar una joven. ¡Pero qué tío tiene! Es déspota y egoísta ese infame hombre, que con una sola palabra que dijese, y que no ha dicho, nos podía haber concedido unos días tan buenos. Verdaderamente, merecía....

— Hablemos de Ahmet — repuso Amasia.

— Sí, querida señora, os ama. ¡Qué feliz vaie á ser con él! ¡Ah! sería un hombre incomparable si no tuviese semejante tío. ¿Pero de qué está hecho ese hombre? ¿Sabeis que los obrado muy bien al no tener mujer, ni una ni muchas. Con estas terqueñades hubiera revuelto hasta los esclavos de su harem.

— ¿Pero todavía estás hablando de él, Nedjeb? — dijo Amasia, cuyo pensamiento seguía diferente curso.

— Na, no.... hablo del señor Ahmet, y como vos, no pienso más que en el señor Ahmet. ¡Ah! en su la-

gar, no me hubiera rendido, hubiera insistido.... Le creía más enérgico.

— ¿Quién te dice, Nedjeb, que no ha mostrado más energía cediendo á las órdenes de su tío, que no contrariándole? ¿No ves que aunque me costase el mayor de los dolores, es mejor que haga ese viaje, para abreviarle por todos los medios posibles, para prevenir peligros que el señor Keraban, con su habitual terqueñad, no hubiera previsto? No, Nedjeb, no. Partiendo, Ahmet ha dado prueba de su valor; partiendo me ha dado una nueva prueba de su amor.

— Es preciso que tengáis razón, mi querida señora — respondió Nedjeb, que por la viveza de su sangre zingara no podía someterse. ¡Si, el señor Ahmet se ha mostrado muy enérgico partiendo! ¿Pero no hubiera sido mucho más enérgico todavía si hubiera impedido á su tío partir?

— ¿Era eso posible, Nedjeb? — repuso Amasia. — Te lo pregunto, ¿era eso posible?

— ¡Si.... no.... pueda ser! — respondió Nedjeb. No hay barra de hierro que no se pueda doblar.... ó romper, si es necesario. ¡Ah, ese tío Keraban! Él solamente tiene la culpa de todo; y si sobreviene algun accidente, él solamente será el responsable. ¡Cuando pienso que por no pagar diez paras, hace la desgracia del señor Ahmet, la vuestra.... y por consecuencia la mía, quisiera, sí.... quisiera que el mar Negro se desbordase, hasta los últimos límites del mundo, para ver si se obstinaba en darle la vuelta!

— ¡Lá daría! — respondió Amasia con un tono que expresaba la más profunda convicción. ¡Pero hablemos de Ahmet, Nedjeb, y no hablemos más que de él!

En aquel momento Yarbud acababa de dejar su bote, y sin ser notado avanzaba hacia las dos jóvenes. Al ruido de sus pasos las dos se volvieron. La sorpresa, mezclada con algo de temor, se pintó en sus rostros al acercarse cerca de ellas.

Nedjeb se levantó la primera.

— ¿Vos, capitán? — dijo. — ¿Qué venis á hacer aquí? ¿qué queréis?....

— No quiero nada — respondió Yarbud, fingiendo extrañeza de verse acogido de aquella manera; — no quiero nada, á no ser ponerme á vuestra disposición para....

— ¿Para qué? — repitió Nedjeb.

— Para conducirnos á bordo de la *Guldare* — respondió el capitán. — ¿No habéis decidido el venir á visitar su cargamento y escoger algo que pudiera conveniros?

— Es verdad, querida señora — exclamó Nedjeb; — nosotras habíamos prometido al capitán....

— Nosotras habíamos prometido, cuando Ahmet estaba aquí — respondió la joven; pero Ahmet ha partido, y no es ocasión para ir á bordo de la *Guldare*.

Las cejas del capitán Yarbud se frunciéron un instante; después, con la tranquilidad más completa, dijo:

— La *Guldare* no puede fondear mucho tiempo en la bahía de Odessa, y es muy posible que aparezca mañana ó pasado lo más tarde. Si la futura esposa del señor Ahmet quiere hacer la adquisición de algunos-

de las telas, cuyas muestras parece le han satisfecho, sería necesario aprovechar esta ocasión. Mi bote está ahí, y en algunos instantes podremos estar á bordo.

—Os damos las gracias, capitán— respondió fríamente Amasia—pero no me gusta ocuparme de semejantes cosas en ausencia del Sr. Ahmet, ¡Debia hoy acompañarnos en nuestra visita á la *Guidare*, de-

bía aconsejarnos..... no está aquí, y sin él, ni puedo ni quiero hacer nada!

—Lo siento—respondió Yarhud;—aunque, por otra parte, no dudo que el Sr. Ahmet se hallaría agradablemente sorprendido á su vuelta si hiciéseis la adquisición de todas esas telas. ¡Es una ocasión que no volveréis á encontrar y que despues lo sentiréis!



Amasia silenciosa y pensativa observando el lejano horizonte.

—Es muy posible, capitán—respondió Nedjeb;—pero en este momento haréis mejor en no insistir sobre ese punto.

—Sea—replicó Yarhud inclinándose;—pero, al menos, dejadme esperar, que si dentro de algunas semanas los azares de mi navegación trajeran de nuevo á la *Guidare* á Odessa, no olvidaréis que me habeis prometido visitarla.

—No lo olvidarémos, capitán—respondió Amasia, dando á entender al maltes que podia retirarse.

Yarhud saludó á las dos jóvenes, dió algunos pasos hácia la terraza, despues se detuvo, y como si le hubiera ocurrido una idea repentina, volvió hácia

Amasia en el momento en que la joven iba á abandonar la galería.

—Una palabra tan sólo—dijo—ó más bien una proposicion que tiene que agradar á la futura del señor Ahmet.

—¿De qué se trata?—preguntó Amasia, algo impaciente por la obstinacion del capitán maltes en imponerla su presencia y su conversacion en aquellos momentos.

—La casualidad me ha hecho asistir á toda la escena que ha precedido á la partida del Sr. Ahmet.

—¿La casualidad?—respondió Amasia, que empezaba á desconfiar como por un presentimiento.



— ¡Sólo la casualidad! — respondió Yarhud. — Yo estaba en mi bote, que había quedado á vuestra disposición.....

— ¿Cuál es la proposición que tenéis que hacerme, capitán? — preguntó la joven.

— Una muy natural, — respondió Yarhud. — He visto que la hija del banquero Selim se ha afectado bastante por esa brusca partida, y si le agradase volver á ver una vez más al Sr. Ahmet.....

— ¡Volverle á ver una vez más!..... ¿qué queréis decir? — respondió Amasia, cuyo corazón latía precipitadamente bajo la idea de aquella proposición.

— Os quiero decir — repuso Yarhud — que dentro de una hora el carruaje del señor Keraban pasará necesariamente por el pico de aquel pequeño cabo que veis allí.

Amasia se había adelantado y miraba la ligera curvatura de la costa hacia el sitio indicado por el capitán.

— ¿Allí..... allí?..... — dijo.

— Sí.

— Querida señora — exclamó Nedjeb —; si pudiéramos ir á ese pico!

— Nada más fácil — respondió Yarhud; — en media hora, con buen viento, la *Guidare* puede alcanzar ese pico, y si queréis embarcaros, aparejémoslos inmediatamente.

— ¡Sí! ¡sí!..... — exclamó Nedjeb, que no veía en este paseo por el mar más que una ocasión para que Amasia viese una vez más á su futuro.

Pero Amasia había reflexionado. Ante aquella vacilación, el capitán no pudo contener un movimiento de disgusto. Y á Amasia la pareció que la fisonomía de Yarhud no presagiaba nada en favor suyo. Entonces tuvo desconfianza.

Dejando la balastrada, sobre la que se había apoyado para apercibir mejor la prolongación del litoral, Amasia entró en la galería con Nedjeb, donde la cogió la mano.

— ¿Aguardo vuestras órdenes? — dijo el capitán.

— No, capitán — respondió Amasia. — ¡Viendo á mi futuro en esas condiciones puedo proporcionarle más pena que alegría!

Yarhud, comprendiendo que era inútil insistir, se retiró tranquilamente. Un instante después la embarcación desatraca de la orilla, llevando al capitán maltes y á sus hombres; y después de un corto espacio de tiempo, llegaba basta la *Guidare* por el lado de babor.

Las dos jóvenes quedaron solas en la galería durante una hora. Amasia volvió á apoyar sus codos sobre la balastrada. Miraba obstinadamente hacia aquel punto del litoral señalado por Yarhud, y por donde debía pasar el carruaje del señor Keraban.

Nedjeb observaba también la curvatura que se formaba en la costa, cerca de una legua hacia el Este.

Al cabo de una hora, en efecto, la joven zingara exclamó:

— ¡Ah! querida señora, ¡mirad! ¡mirad! ¡No distinguís un coche que sigue la costa, allí abajo, en la sombra del precipicio?

— ¡Sí! ¡sí! — respondió Amasia. — ¡Son ellos! ¡es él, él!

— ¡No puede veros!.....

— ¡Qué importa! ¡Me parece que me mira!

— ¡No lo dudéis, querida señora! — respondió Nedjeb. — Sus ojos habrán sabido descubrir la posición entre los árboles, en el fondo de la bahía, y puede que á nosotras.....

— ¡Hasta la vista, Ahmet mío, hasta la vista! — dijo por última vez la joven Amasia, como si aquel adiós hubiese podido llegar hasta su futuro.

Amasia y Nedjeb, cuando el carruaje desapareció en un recodo del camino, en el final de la pendiente del derrumbadero, dejaron la galería y volvieron al interior de la habitación.

Desde el puente de la embarcación, Yarhud las vio retirarse, y dió orden á los hombres de cuarto, que cuando la noche empezase á caer anunciaran al momento si las jóvenes volvían á salir á la galería. Entonces, ya que por la astucia no había obtenido resultado, obraría por la fuerza.

Sin duda que con la partida de Ahmet y con la feliz circunstancia de no efectuarse el matrimonio antes de seis semanas, el rapto de la joven no merecía ser ejecutado con precipitación. Pero era necesario contar con la impaciencia del señor Saffar, cuya entrada en Trebisonda debía estar ya muy próxima. Porque, dadas las incertidumbres de una navegación en el mar Negro, un barco de vela puede experimentar tardanzas de quince ó veinte días. Era necesario, por lo tanto, partir lo más pronto posible, si Yarhud quería llegar en el plazo fijado en su conversación con el intendente Searpante. No hay duda que Yarhud era un bribón, pero un bribón que hacía honor á sus promesas. De aquí su proyecto de obrar sin perder un solo momento.

Las circunstancias le eran favorables. En efecto, por la noche, antes que su padre volviese de la casa de bano, Amasia entró en la galería. Iba sola esta vez. Sin aguardar á que la noche ciese, la joven quería volver á ver aquel lejano panorama de pendientes que formaba el horizonte por el Norte. Todo su ser volaba, por decirlo así, en aquella dirección.

Volvió, pues, á aquel sitio, y apoyándose en la balastrada, quedó pensativa, apercibiéndose en sus ojos una de esas miradas que ven hasta lo imposible y que ninguna distancia puede detener.

Peró, perdida en aquellas reflexiones, Amasia no apercibió una embarcación que se destacaba de la *Guidare*, apenas visible, en la sombra. No la vio aproximarse sin ruido y detenerse en los primeros escalones que bañaban las aguas de la bahía.

Sin embargo, Yarhud, seguido de tres marineros, se había deslizado á tierra, y se adelantaba arrastrándose por la escalerilla.

La joven, absorta en su pensamiento, no había visto nada.

(Se continuará.)

# EL TIGRE BLANCO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

**LUIS BOUSSENARD.**

## CAPÍTULO PRIMERO.

Una tempestad en el Ecuador. — La lista de los torzados. — Celo oculto. — ¿A las armas! — La evasión. — Los «Vagabundos». — Los asesinos de hombres. — Entre perros. — El bosque virgen durante la noche. — La jirafa y la sombra. — Tigre manchado y Tigre Blanco. — Mal tiro, pero buen blanco. — Venganza de un cocoon noble. — El perdón. — [Libro I...]

Los gigantes árboles de la selva ecuatorial se refreaban á impulsos del viento huracanado. Rugía la tormenta con increíble furia. Los estampidos del trueno, unas veces breves, otras prolongados, secos ó estrepitosos, extraños con frecuencia y siempre terribles, parecían confundirse en una sola é interminable detonación.

De Norte á Sud, de Este á Oeste y hasta donde alcanzaba la vista se extendía sobre las cumbres de la montaña una inmensa y negra nube limitada por un siniestro festón cobrizo, y de la cual se escapaban como de un cráter invertido relámpagos deslumbradores que afectaban toda clase de formas y que se confundían en colosal fulguración.

Aquellos pesadísimos vapores que un sol abrasador había hecho surgir de pantanos insondables y de soledades inexploradas, giraban formando verdaderas trombas. Lo que llamamos en Europa gotas de agua parecían grandes trozos de metal en fusión, á través de los cuales se veían los relámpagos con lúgubres reflejos.

Caían las hojas como cortadas con hacha por el granizo y semejaban millones de chorros lanzados por bombas de vapor.

De vez en cuando, un caoba enorme, orgullo del bosque virgen, caía pesadamente al suelo; un ébano verde, cuyo tronco alcanzaba una altura de cuarenta metros, y cuya dureza era comparable con la del hierro, revoloteaba como una paja; un cedro secular, que no hubiera podido ser abarcado por cuatro hombres con los brazos extendidos, saltaba en astillas como una tabla de pino; un simaruba, un boco ó un angélico que llegaban con su copa hasta las nubes, rodaban arrancados de raíz.

Aquellos gigantes unidos por enmarañados bejuques, y cuyas grandes ramas desaparecían entre las orquídeas, las bromeliáceas ó las aráceas en plena florescencia, oscilaban primero, y luego caían por el

misimo impulso. Millares de rojos pétalos corrían entre la hierba, y hubieran podido tomarse por gotas de sangre que brotaban de los costados de aquellos colosos heridos.

Los animales, asustados, callaban. Tan sólo mugía la ronca voz del huracan, que se hallaba en toda su pujanza.

La formidable sinfonia de la naturaleza, que parecía instrumentada por el genio de las tempestades y ejecutada por un coro de titanes, llenaba el inmenso valle del Maroni, importante río de la Guayana francesa.

Había anochecido en un momento con esa rapidez peculiar de las zonas ecuatoriales, iluminadas sin aurora por el sol, y de las que desaparece sin crepúsculo.

Quien no estuviera de largo tiempo familiarizado con aquellas terribles convulsiones, no hubiera podido contener su asombro á la vista de un centenar de hombres de diversas edades y de naciones diferentes que de pié, formados en cuatro filas, se hallaban debajo de un vasto sotechado silenciosos, impasibles y con el sombrero en la mano.

El cobertizo, hecho con hojas de waie, parecía que iba á volar. Los postes, de madera de grifon, temblaban en sus hoyos, y las cuatro linternas colocadas en los ángulos estaban próximas á apagarse.

La fisonomía de los desconocidos, árabes, indios, negros ó europeos, conservaba, á pesar de todo, una expresión de sombría impasibilidad.

Todos estaban descalzos, pero vestidos con un pantalón y una blusa de lienzo gris, viéndose en la espalda de ésta dos grandes letras pintadas de negro y separadas por un ancla, C.—P.

Entre las filas circulaba lentamente un hombre de regular estatura, muy ancho de hombros, de rostro brutal cortado por un gran bigote castaño, cuyas largas puntas estaban aguzadas por medio de cosmético. Sus ojos de color gris azulado, que parecían desprovistos de mirada, ó que, por mejor decir, veían sin mirar, daban á aquella fisonomía una inquietante expresión de astucia y de malignidad.

Aquel hombre llevaba una blusa de paño azul oscuro, con el cuello vuelto rodeado por un galon de plata, y en cuyas mangas se veían también dos galon-

nes del mismo metal. Un sable pendiente del cinturón, en el que estaba sujeta una pistola de gran tamaño, le azotaba las piernas al andar. Por último, tenía en la mano un fuerte rebenque con el cual hacía molinetes rapidísimos, demostrando que conocía á fondo el arte de jugar el palo.

Mientras se abanicaba con la visera de su kápé de la misma tela que la blusa, dirigía miradas escudriñadoras desde los pies hasta la cabeza de los hombres que andaban al llamamiento.

Pasaba lista un hombre vestido con igual uniforme, colgando delante de la primera fila, y cuyo aspecto físico formaba singular contraste con el de su compañero.

Era alto, flaco, pero bien formado y de fisonomía simpática. Harémos notar el detalle de que no llevaba palo alguno, teniendo únicamente en la mano un cuaderno, en el que estaban los nombres apuntados.

Llamaba en alta voz, deteniéndose á veces por consecuencia del espantoso ruido de la tempestad.

— ¡ Abdallah !.....

— ¡ Presente !.....

— ¡ Mingrassamy !.....

— ¡ Presente !..... — respondió con ronco acento un indio que tiritaba á pesar del sofocante calor que se sentía.

— Otro que tiene el baile de San Vito..... — refunfuñó el hombre de los bigotes engomados. — Trataré de hacernos creer que tiene fiebre. Espera un poco, tunante..... ¡ Ahora te haré danzar con mi látigo !

— ¡ Sinaoué !.....

— ¡ Presente !..... — respondió con débil voz un europeo de rostro lívido, demacrado, y que se sostenía en pie con gran trabajo.

— Responde más alto..... animal.

Y se oyó el sordo ruido de un estacazo en la espalda del infeliz, que se replegó lanzando un alarido de dolor.

— ¡ Hola !..... ya sabía yo que recobrarías la voz al punto..... Chillas como un mono encarnado.

— ¡ Rómulo !.....

— ¡ Presente ! — gritó con voz estentórea un negro de colossal estatura, enseñando al mismo tiempo una doble hilera de dientes que hubieran dado envidia á un cocodrilo.

— ¡ Robin !.....

Nadie respondió.

— ¡ Robin ! — repitió el que pasaba lista.

— ¡ Contesta, canalla !..... aulló el hombre del látigo.

Nada. Un vago murmullo circuló por las filas.

— ¡ Silencio !..... mentón de perros..... Al primero que abandone su puesto ó que diga una palabra, le abraso la cabeza..... — terminó, amartillando su pistola.

Se estableció la calma por algunos segundos, durante los cuales cesó también el estampido del trueno.

— ¡ Á las armas !..... ¡ á las armas !..... — gritaron á lo léjos.

Después se oyó un disparo.

— ¡ Mil millones de truenos !..... Nos hemos lucido. ¡ Robin se ha fugado y era un preso político ! Que

reviente ahora mismo si no me cuesta la bronca tres meses de arresto.

El deportado Robin fué apuntado como ausente, y terminó la lista sin otra novedad.

Decimos *deportado* y no *transportado*, pues la primera de estas denominaciones se aplica á los sentenciados por delitos políticos, y la segunda sirve para designar á los criminales juzgados por el derecho común. Esta es, en suma, la única diferencia establecida por los que les envían á aquel infierno y por los que en él les custodian: los deportados y los transportados, confundidos en horrible mezcla, reñían con igual superabundancia los garrotazos del capataz Benedicto que no tenía de tal más que el nombre.

Hemos dicho que nos hallamos en la Guayana francesa, en la orilla derecha del Maroni, río que separa nuestra posesión de la Guayana holandesa.

La colonia penitenciaria, donde se desarrolla actualmente — Febrero 185..... — el prólogo del drama que vamos á presenciar, se denomina de San Lorenzo. Su fundación es moderna, y constituye una sucursal de Cayena. Los forzados, poco numerosos todavía, no llegan á quinientos. El sitio es malsano, en él abundan las fiebres palúdicas, y los trabajos de desmonte son penosos por todo extremo.

El vigilante Benedicto — así se llaman los amigos capataces de los presidios europeos — acompañó á su brigada hasta el alojamiento. El digno satecómite iba con las orejas bajas y con el rostro contraído, como un zorro cogido en el lazo. Ya no hacía molinetes con el garrote colgado de su robusta muñeca. Las guías de su bigote caían tristemente á causa del chaparrón, y la visera de su kápé no conservaba su altanera inclinación, según un ángulo de 45 grados.

Esto consistía en que el fugado era un político, un hombre de gran inteligencia, enérgico y activo. Su huida era un desastre para el guardián, á cuya custodia le había confiado el Gobierno.

¡ Ah ! si hubiera sido un asesino vulgar, ó sencillamente un falsificador, lo mismo se hubiera preocupado Benedicto por él que por un vaso de aguardiente de caña.

Los presidiarios, muy alegres por aquel incidente que causaba la desesperación de su jefe, no podían disimular el placer que se reflejaba en sus ojos. Esta era la única protesta que podían elevar contra los actos de brutalidad de que se hacía culpable aquel celoso funcionario.

Tendieron en sus hamacas colgadas entre dos vigas, y no tardaron en dormirse; con ese sueño que, á falta de una conciencia tranquila, proporciona el trabajo abrumador.

Benedicto, más contrariado que nunca, se marchó, despreciando la lluvia torrencial y los bramidos del trueno, para dar cuenta del resultado de la lista al jefe superior de la colonia penitenciaria.

Este, que se hallaba enterado de lo sucedido por el disparo y por los gritos de ¡ alarma ! del centinela, adoptó con calma las medidas que consideró necesarias para comenzar las investigaciones.



No esperaba encontrar al fugitivo, pero otopía el reglamento. Cantaba con el hambre, enemigo implacable de todo hombre aislado en el bosque inmensa. En efecto, si bien las evasiones eran numerosas, el hambre obligaba á volver invariablemente á los que habían dejado arrastrarse por la loca esperanza de conseguir su libertad.

Después de todo, se consideraban muy felices cuando, á pesar de tener las entrañas retorcidas por el hambre, podían evitar las dientes de los reptiles, las garras de las fieras ó el aguijón siempre mortífero de los insectos.

Sin embargo, al saber el comandante el nombre del fugitivo, cuyo carácter había podido apreciar, sintió que disminuía su confianza.

— No volverá — murmuró. — Es un hombre perdido.

— Mi comandante — dijo Benedicto, creyendo que si manifestaba un poco de celo desviaría de su cabeza el castigo que le amenazaba; — yo le traeré muerto ó vivo.... mi compromiso á hacerlo.... es indispensable para mí.

— Muerto.... eso es demasiado.... ya me entendéis — contestó keenamente el comandante, hombre muy recto y muy inflexible, que sabía hacer compatibles con la humanidad sus terribles funciones. — Muchas veces he tenido que reprimir vuestra brutalidad. He prohibido los malos tratamientos.... ya me comprendéis. Os lo advierto por última vez. Procurad capturar al fugitivo, si no queréis sufrir las consecuencias de un consejo de disciplina ni ocho días de calabozo á que os condenaré desde el instante de vuestro regreso....

— En marcha!

El vigilante saludó con brusco ademán, y salió arrojando una serie de juramentos espantosos.

— ¡Si, yo te traeré, animal!.... ¡Estaba loco!.... ¡muerto ó vivo!.... ¡Alto! Es preciso que venga vivo y muy vivo. Una bala entre las costillas.... Vamos, no sería demasiado dulce para semejante bicho. Quiero tenerle una vez más al alcance de mi garrote.... ¡Sangre de Dios, quiero que se rompa en sus espaldas! ¡Vamos á escape!

El vigilante volvió al cobertizo en que habitaba con sus compañeros, metió algunas provisiones en un morral, proveyóse de una brújula, cogió de su bolso una carabina de caza, y se dispuso á marchar.

Ya casi no eran las siete de la tarde. Hacía tres horas que ocurrió la evasión de Robin.

Benedicto, que era el jefe de los vigilantes, mandaba el puesto, y ordenó que le acompañasen otros tres, los cuales se equiparon sin decir una palabra.

— Mira, Benedicto — dijo uno de los que se quedaban de guardia, el mismo que pasaba con él la lista — no pienses en marchar á esta hora y con este tiempo. Aguárdalo por lo menos á que termine la tormenta. Robin no debe estar muy lejos de aquí, y mañana....

— Hago lo que me da la gana — respondió brutalmente; — yo soy quien manda aquí y no te pido consejos. Además, ese animal va á tratar de pasar el Ma-

roni, con objeto de refugiarse entre los Arnagues ó los Galibis. Caminará por la orilla, y voy á cogerle antes de que haya podido construir una balsa. ¡Caranta! advino su plan. Es muy sencillo, y mucho más después de haber visto merodear anteayer algunos de esos sucios pieles-rojas cerca de los desmontes del Norte. Esperad un poco, buenos mozos; pronto tendréis noticias mías. ¿No es verdad, *Fugot*, que los hablarémos de su tierra?

Al nombre de *Fugot* salió de debajo de una mesa, groseramente hecha, un perro de aguas, de aspecto afrisco, de pelo erizado, con las patas sumamente cortas, y dirigido á su amo miradas inteligentes.

*Fugot* significa forzado en la jerga de los presidiarios, y Benedicto había encontrado muy ingenioso dar aquel nombre al perro que compartía con su dueño el odio de los trasportados.

Constituye un fenómeno bastante original, y sin embargo de fácil explicación, el hecho de que los perros de los forzados aborrecen, no tan sólo á sus congéneres, pertenecientes á hambres libres, sino que reciben á éstos con significativos ladridos.

Es tal la índole de la educación que les dan sus amos, y tal la inteligencia de aquellos animales de raza india, de orejas rectas, hocico puntiagudo, ojo vivo y olfato infalible, que anuncian siempre cuando pasa un blanco ó un negro libre.

Recíprocamente también, los perros de los empleados husmean al forzado á distancias prodigiosas, y señalan su presencia á quien corresponde con aullidos verdaderamente salvajes.

Cuando se encuentran aquellos perros de la misma raza no necesitan mucho tiempo para reconocerse. Sin emplear ninguno de esos preliminares habituales en los individuos de la especie canina, se lanzan uno contra otro, ó, lo que sucede casi siempre, el perro libre ataca á su enemigo con terrible furia. Este último, que avanza con la cola baja arrastrándose por las malezas en la posición familiar á su dueño, se revuelve, entablándose una lucha encarnizada, en la que no lleva el acometerlo la mejor parte.

Benedicto, por su larga permanencia en Guayana, se había familiarizado con el país, y era un excelente investigador de pistas. Auxiliado por su cuadrúpedo compañero, hubiera podido rivalizar con los más hábiles rastreadores del Plata.

Condujo á *Fugot* al alojamiento, descolgó la lunaca del fugitivo, y se la hizo oler varias veces, castañeteando la lengua como los cazadores.

— ¡Busca!.... ¡*Fugot*!.... ¡busca!.... ¡Á mí!.... ¡á mí, mi valiente perro!

El animal olfateó el tejido, aspiró con fuerza las emanaciones, movió la cola, ladró como queriendo decir: — Comprendo.... — y se lanzó al campo.

— Maldito tiempo, pero muy á propósito para una evasión — dijo gruñendo uno de los tres vigilantes, calado hasta los huesos por el chaparrón, y antes de haber andado diez metros; — que me lleve el diablo si encontramos á nuestro hombre.

— Si — añadió otro; — lo único que nos falta es meter el pié en un hoyo de cadenas, ó intercharnos en una pampa tembladera.

—Con todo eso —replicó el tercero— es posible que el perro no pueda oler al fugitivo..... Hace mucho tiempo que la lluvia ha lavado las huellas. No la podido escoger Robin un día más favorable.

—; Vamos, adelante! Ya sabéis que no se trata de divertirnos. Dentro de un cuarto de hora se habrá disipado la tormenta, brillará la luna y se verá lo mismo que con la luz del Mediodía. Sigamos por la margen del Marañón.... y á la buena suerte.

Precedidos los cuatro hombres por el perro, avanzaron sin hacer ruido, en fila india, marchando por un angosto sendero practicado en medio de los matorrales, y que parecia prolongarse muy lejos aguas arriba.

Habia comenzado la caza del hombre.

En el momento de formar los forzados en dos filas para pasar lista, el centinela que estaba cerca del cobertizo vió claramente á la luz de un relámpago que un hombre salió de entre las filas y huía á todo correr.

No era posible equivocarse. El fugitivo llevaba el lúgubre uniforme del presidio. El soldado no vaciló, y como las órdenes eran terminantes, preparó rápidamente su fusil é hizo fuego, sin gritar previamente: «¿Quién vive?»

Á pesar del continuo fulgor de los relámpagos que le permitía ver distintamente, erró el tiro con suma facilidad.

El fugitivo, en cuanto oyó silbar la bala, aumentó la velocidad de su carrera, ocultándose entre los matorrales y desapareciendo en el momento mismo en que los soldados de la guardia corrian á las armas.

Sin preocuparse en manera alguna por la lluvia, por el viento y por el rayo, se internó en lo más intrincado del bosque, con la seguridad de un hombre familiarizado con los menores accidentes del terreno. Se orientó á la luz de los relámpagos, torció hacia la izquierda, volviendo la espalda al presidio, y dejando, por consiguiente, el río á su derecha.

Siguió una vereda imperceptible, abierta ántes en la espesa muralla de hierba, y al cabo de media hora de precipitada marcha llegó á un espacio claro cubierto de árboles derribados por la mano del hombre, y cuyos troncos, esparcidos, estaban cortados con la sierra.

Aquel sitio era uno de los tajos en que trabajaban los deportados. Á pocos pasos de la zona desembarazada se veía un enorme tronco, serrado á la altura de un metro, según la costumbre de los leñadores de Guayana.

Detúvose el fugitivo cerca de aquel tronco, le palpó, pues los relámpagos eran más escasos á cada instante, y sus ojos no podían distinguir con claridad.

—Aquí es —dijo en voz baja, poniendo la mano sobre un trozo de madera, dispuesto en forma de chuzo, y que parecia dejado allí por descuido.

Cogió el palo, y practicó al plé del tronco mutilado una excavación.

La tierra, desmenuzada y removida sin duda poco tiempo ántes, se prestaba fácilmente á la tarea. La punta de madera, casi tan blava como el lietro, tro-

pezó con un cuerpo resistente, produciendo un sonido metálico.

El desconocido sacó sin esfuerzo una de esas cajas de hojalata, en las que guardan los marinos la gallota, y que tienen la figura de un cubo cuya arista es de cuarenta centímetros.

Un bejuco largo y flexible sujetaba la tapa, y por uno de los lados formaba dos especies de asas como las de un morral. Sujetó los tirantes á sus hombros, sacó del fondo del hoyo un machete con empuñadura de madera rodeada por alambre de cobre, de hoja corta y ligeramente encorvada, asió el chuzo con la mano izquierda, y permaneció por algunos instantes apoyado en el tronco.

En seguida se irguió su elevada silbata.

—; Al fin! —dijo.—; Ya estoy libre! Tan libre como las fieras con quienes voy á vivir. ¡Mios y de ellas serán los bosques y sus terribles soledades! Prefiero el reptil que ahoga, el tigre que desgarrá, el sol que asixia, la fiebre que corroe, el hambre que mata. Mejor quiero la muerte bajo todos sus aspectos que la vida del presidio. ¡Infierno por infierno, es preferible aquel en que puedo morir libre! ¡Que vengan ahora á disputarme este despojo de libertad!

El celoso jefe no se habia equivocado en sus presagios relativos á la tempestad. Las convulsiones de la naturaleza ecuatorial son formidables, pero pasajeras. Media hora más tarde desvaneciéronse las nubes. La luna surgia lentamente por detras de la espesa cortina de ramaje que limitaba las orillas del río; su disco resplandecía con un brillo desconocido en las latitudes europeas, haciendo contollear las olas, agitadas todavia, y las hojas, que parecían cubiertas de perlas por las gotas de la pasada lluvia. Á trechos, un vago azulado de infinita dulzura traspasaba la tupida bóveda de ramaje, resbalando por entre los inmensos troncos y bajando de una inextricable confusión de hojas como las columnas de una catedral.

El fugitivo no parecia insensible al despertar de la naturaleza, pero apremiaba el tiempo. Para completar su obra de libertad necesitaba huir rápidamente y poner entre él y sus enemigos una barrera infranqueable.

Bruscamente salió de la contemplación que sucedió durante algunos minutos á su monólogo, y orientándose de nuevo se puso en marcha.

Desde que Robin estaba en la colonia del Marañón habia visto verificar varias evasiones, pero ninguna tuvo éxito. Los que las habian intentado fueron aprehendidos por los vigilantes, entregados por las autoridades holandesas, ó habian muerto de hambre. Algunos, prefiriendo á este epilogo espantoso de una tentativa demasiado atrevida el régimen del presidio, volvieron agomizando á constituirse de nuevo en prisión.

No ignoraban que los consejos de guerra les impondrían de dos á cinco años de cadena. ¡No importaba! Velvian, sin embargo; pues el amor á la vida, por miserable que sea, está profundamente arraigado en el hombre.

Nuestre héroe habia hecho absoluto desprecio de su existencia para poder consagrarse al triunfo de

esta idea, y para nada tenía en cuenta la probabilidad de morir. Evitaría con cuidado todo encuentro con los holandeses, lo cual era muy fácil, pues no había más que hacer sino caminar por la orilla derecha del río. Se sentía capaz de desafiarse el hambre, y su vigor atlético, juntamente con su infatigable energía, le permitirían resistir por largo tiempo. Si succumbiera... ¿y qué? No sería el primero cuyo esqueleto se encontrara limpio por las hormigas mantec como una pieza anatómica.

Además, él no quería morir; ¡oh! no. Era esposo y padre, y la terrible fuerza del presidio no había podido rendirle, ni la miseria domarle.

Quería vivir para los suyos, y cuando un hombre de su temple dice: «¡Quiero!», puede.

Quisaba la hipótesis de una persecución bien dirigida, y á cuyo buen resultado contribuirían seguramente los más finos subversos del presidio, desplegando todas sus facultades.

Fues bien, era. Puesto que él era la caza, él debía hacer perder la pista á los cazadores. Lo primero era imprimir á sus investigaciones una falsa dirección.

—Ya están á mis alcances — dijo — Indudablemente les ocurrirá la idea de que voy hacia los establecimientos holandeses; dejémoslos con esta idea, ó por mejor decir, hagámos que se mantengan en ella. Construyamos en primer lugar una balsa.

Dió media vuelta, y se dirigió en el acto hacia el río, cuyas aguas oía resonar á su derecha.

— Bueno — dijo — esas son las Rocas Azules. Un kilómetro más arriba encontraré mis materiales.

Sin hacer más ruido que un pie rojo en el sendero de la guerra ó persiguiendo la caza, se encaminó en derelictura hacia la orilla, que estaba distante de aquel punto unos tres cuartos de hora.

Para realizar aquel plan eran necesarias una destreza y una audacia increíbles. Robin sabía que era perseguido, y no ignoraba que sus perseguidores recorrerían el curso del Maroni aguas arriba ó aguas abajo de San Lorenzo. Una de dos: ó los que buscaban la pista habían pasado del punto en que se proponía fabricar la balsa, ó no habrían llegado todavía. En el primer caso no podía abrigar ninguna inquietud; en el segundo, sabría ocultarse en las hierbas acuáticas, y evitar la mirada de sus enemigos, por pesadamente que fuera. En cuanto á la permanencia más ó menos prolongada en el agua, en compañía de los narajos de agua dulce, de las rayas y de las anguillas eléctricas, no se preocupaba por ella. Era un simple accidente.

Al principio no pudo saber cuál de aquellas suposiciones se había realizado. Pero como no vió ni oyó nada sospechoso en el momento de llegar á la orilla, puso en práctica al punto su proyecto. Descubrir dos largas pértigas de palo de hierro, blancas y lisas como barras de plata, y cortarlas de dos golpes de paves, fué para él asunto de un instante.

Luego se introdujo resueltamente en el agua, y penetró hasta los hombros en un inmenso bosque acuático, compuesto de una variedad de yaros, conocidos en el país con el nombre de *macumucú*, que

crecían de abundante manera en el lecho del río. Estas plantas, terminadas por un vástago de hermoso color verde, son muy ligeras y se cortan con tanta facilidad como la médula de saúco, sin desprenderse una corteza que les da resistencia extraordinaria.

Cogió unos treinta de aquellos tallos de dos metros de longitud, los bajó sin hacer ruido, cuidando de no tocar el líquido corrosivo que de ellos se desprende, y los entretrejió en ambos extremos de cada una de las pértigas de modo que formasen una especie de empalizada; análoga á las que sirven de cerramiento en los jardines.

De este modo poseía una plataforma de dos metros de lado que flotaba admirablemente, y que, aun cuando incapaz de sostener el peso de un hombre, le servía á maravilla para conseguir el fin que se había propuesto.

Hecho esto, se quitó su blusa de lienzo, la relleno de hojas de modo que figurase bien ó mal un hombre puesto en cuclillas, colocó en las manos del maniquí una varilla, representando un pagay ó remo, y lanzó el esquife lejos de la pradera acuática.

La marea que se deja sentir á más de ochenta kilómetros de la embocadura de la enorme corriente de agua, empezaba ya á subir. Á su impulso, fué la balsa arrastrada lentamente, con un movimiento gíratario, aguas arriba; pero acercándola poco á poco hacia la orilla holandesa.

— Perfectamente — dijo el fugitivo. — No me asombraría que dentro de un cuarto de hora, cuando más, dejando mis perseguidores la presa verdadera por el engaño, se pudiesen á seguir este ramedo de embarcación.

Comprendiendo entónces que el mejor procedimiento para ocultarse, así en pleno país salvaje como en las ciudades, consiste en ir por las vías frecuentadas, tomó sin cuidado alguno el estrecho sendero practicable, por el cual debían marchar, sin duda, los que iban en su persecución.

No había que pensar en internarse por el bosque; pues aun cuando era un excelente sitio de refugio, sería imposible abrirse paso á tales horas.

Avanzando siempre con infinitas precauciones, y haciendo extraordinarios esfuerzos para no turbar el silencio de la noche, deteniase Robin, de vez en cuando, y trataba de percibir un ruido extraño en el confuso rumor que se escapaba de aquel océano de verdura.

¡Nada!... nada más que la crepitación de las últimas gotas sobre las hojas relucían, el ruido misterioso de los reptiles al deslizarse entre las hierbas, la marcha silenciosa de los insectos por los tallos ó el roce imperceptible de las alas de un pájaro mojado.

Caminaba sin cesar bajo las sombrías bóvedas apenas azuladas por la luna, á trayes de enjambres de luciérnagas que rasgaban las tinieblas con sus inofensivos relámpagos.

No tardó en llegar á una especie de ensenada, de unos cincuenta metros de anchura, que se conoce con el nombre de *caleta del Baléti*. Esperaba encontrar este río afluente del Maroni, pues le era necesario

interponerle pronto entre él y sus perseguidores.

Para un nadador tan diestro como él era un juego atravesar aquel río cuya profundidad, en la embocadura, sería de cinco metros.

Antes de verificar la travesía, se detuvo, tomó aliento, y examinó la orilla con más atención que nunca. No fué inútil aquella precaución, pues un cachicheo que llegó hasta su oído, con esa claridad pe-

culiar de las noches ecuatoriales, le hizo permanecer como clavado en el suelo:

— Pero.... te aseguro que es una balsa,

— No veo nada.

— Allí está.... en frente.... á cien metros de la orilla. ¿No ves aquella mancha negra? Éscucha, un hombre. Le veo perfectamente.

— Tienes razón.



Avanzando siempre con infinitas precauciones.

— Una balsa, con un hombre encima. Si. Pero va subiendo.

— Como qué es el momento de la pleamar. La arrebatará un remolino, arrojándola hacia la orilla holandesa.

— ¡Ah! No. Dejas de tonterías, nos hemos molestado por nada.

— ¿Y si le gritase que se acercara á la orilla?

— ¡Imbécil! ¡Ah! Si fuese un criminal común, no

dirigo que no. El miedo de recibir una coiza de pleamar le haría contestar. ¡Pero un político!... Nunca

— Es verdad; y sobre todo, tratándose de Robín.

— Que es un hombre vigoroso.

— Pero al cual es preciso ceder el guante.

— ¡Si Benedicto estuviese aquí!

(Se continuará.)



OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

# SIN FAMILIA

: POR HECTOR MALOT.

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LÓPEZ.

— ¿Está solo?

— No, está con otros pastores de las cercanías.

— Entonces, si veis los carneros, la pradera, los perros y el pastor, ¿no podéis decir sin equivocaros el principio de la fábula?

— Creo que sí.

— Veamos.

Al oír como le hablaba explicándole cuán fácil era aprender una lección que al pronto parecía muy difícil, me miró Arturo con emoción y con temor, como si no estuviese convencido de la verdad de lo que le decía; sin embargo, después de vacilar algunos momentos se decidió por fin.

Algunos carneros pacían tranquila y confiadamente en la pradera, los perros dormían, y el pastor, sentado á la sombra de un gran olmo, tocaba la flauta en unión de otros pastores.

El niño empezó á palmo-tear.

— ¡Ya lo sé! — exclamó — no me he equivocado.

— ¿Queréis aprender del mismo modo el resto de la fábula?

— Sí, con vuestro auxilio estoy seguro de aprenderla. ¿Ahí pue contenta se va á poner mamá!

En ménos de un cuarto de hora la supo admirablemente, y se preparaba á recitarla sin equivocarse cuando apareció su madre detrás de nosotros.

Primero se enfadó al vernos reunidos, pues creía que estábamos jugando juntos; pero Arturo no le dejó decir ni una palabra.

— Ya lo sé — exclamó — él me la ha enseñado.

Mme. Milligan me miró sorprendida y seguramente iba á preguntarme, cuando Arturo comenzó á recitar *«El lobo y el cordero»*, haciéndolo con aire de triunfo y de alegría y sin cometer una falta.

Entre tanto, observé á Mme. Milligan. Vi que su hermoso rostro se iluminaba con una sonrisa, después me pareció que sus ojos se humedecían, pero como en aquel momento se inclinó hácia su hijo para abrazarle tiernamente, no sé si lloraba.

— ¡Las palabras! — decía Arturo — es una tontería, eso no significa nada, pero las cosas se las ve, y mamá me había hecho ver al pastor con su flauta; cuando levanté los ojos mientras estudiaba no pensé en lo que había al rededor mío, veía la flauta del pastor y oía lo que tocaba. ¿Queréis que lo cante, mamá?

Y cantó en inglés una canción melancólica.

Aquella vez lloraba Mme. Milligan con toda su alma, y cuando se levantó vi sus lágrimas en las me-

jillas del niño. Entonces se acercó á mí y cogiéndome la mano me la estrechó tan dulcemente que me sentí conmovido.

— Sois un buen muchacho — me dijo.

Si he referido este incidente con todos sus detalles es para que se comprenda el cambio que desde aquel día se verificó en mi posición. La víspera me habían dado asilo como director de la compañía de animales sabios para divertir con ellos á un niño enfermo; pero aquella lección me separó de los perros y del mono para convertirme en un compañero, en el amigo de Arturo.

Debo añadir que hasta mucho tiempo después no supe que Mme. Milligan estaba desconsolada al ver que su hijo no aprendía, ó por mejor decir, que no quería aprender. Aunque estuviese enfermo quería que trabajase, y precisamente porque la enfermedad iba á ser larga trataba de imprimir en su espíritu costumbres que le permitiesen reparar el tiempo perdido cuando llegase á estar curado.

Hasta entonces no había logrado sus propósitos. Si bien Arturo no era reacio para el trabajo, lo era y mucho para atender y aplicarse. Tomaba sin resistencia el libro que le ponían en las manos, abría sus páginas con muy buena voluntad, pero su espíritu estaba cerrado, y solamente como una máquina aprendía mal ó bien, casi siempre mal, las palabras que le metían á la fuerza en la memoria.

Esto producía la honda pena que afligía á su madre.

Ahora es fácil darse cuenta de la satisfacción que experimentaría cuando le oyo recitar una fábula aprendida conmigo en media hora, y que en muchos días no pudo ella hacérsela aprender.

Cuando pienso actualmente en el tiempo que pasé en el barco al lado de Mme. Milligan y de Arturo, veo que fueron los mejores de mi infancia.

Arturo me había cobrado una amistad entrañable, y por mi parte, cediendo á un impulso de simpatía, le miraba como á un hermano; no hubo una disputa entre nosotros, ni en él se notaban muestras de superioridad que le daba su posición, ni en mí el más ligero embarazo; no tenía conciencia de que pudiera estar turbado.

Esto dependía, sin duda, de mi edad y de mi ignorancia de las cosas de la vida, pero también reconocía por causa la bondad y la delicadeza de Mme. Milligan, que muchas veces me hablaba como si fuera hijo suyo.



Ademas, aquel viaje embarcado era para mí una maravilla; ni una hora de enojo ó de fatiga; desde por la mañana hasta por la noche no tenía un instante desocupado.

Desde la construcción de los caminos de hierro yo no se visita ni casi se conoce el canal del Mediódia y sin embargo es una de las principales curiosidades de Francia.

De Villefranche de Lauragnais habíamos ido á Avignonnet, y de aquí á las rocas de Naurouse, donde se levanta el monumento erigido para gloria de Riquet, el constructor del canal, en el sitio mismo en que se encuentra la divisoria entre los rios que llevan sus aguas al Océano y los que bajan hácia el Mediterráneo.

Habíamos pasado por Castelnauary, la ciudad de los molinos; Carcassonne, tan importante en la Edad Media, y por la presa de Fonserannes con sus ocho compuertas, descendiendo á Béziers.

Cuando el paisaje era interesante hacíamos pequeñas jornadas, y cuando era monótono marchábamos más deprisa.

El camino decidía siempre nuestra ruta y nuestra partida. No nos molestaba ninguna de las preocupaciones habituales en los viajeros, ni teníamos que hacer largas etapas para llegar á una posada en la que no estábamos seguros de encontrar albergue.

Á la hora señalada nos servían las comidas, y entre tanto seguíamos tranquilamente el espectáculo, variado siempre, de las dos orillas.

Cuando el sol se ocultaba en el horizonte nos deteníamos donde nos sorprendía la noche, y allí permanecíamos hasta el amanecer.

Siempre en nuestra casa, no conocíamos las horas desocupadas de la noche, tan largas y tan tristes para el viajero.

Aquellas horas eran para nosotros demasiado cortas, y el momento de acostarnos nos sorprendía cuando menos pensábamos en dormir.

Si hacía frío al detenerse el barco, nos encerrábamos en el salón, y después de encender un fuego suave en la chimenea para contrarrestar la humedad ó los efectos de la niebla, que eran perjudiciales para el enfermo, traían las lámparas; Arturo era colocado delante de la mesa; yo me sentaba cerca de él, y Madame Milligan nos enseñaba libros de estampas ó vistas estereoscópicas. Así como el barco que nos conducía fué construido para aquella navegacion especial, así tambien los libros y las vistas habían sido escogidos para aquel viaje. Cuando nuestra vista comenzaba á cansarse abríamos uno de los citados libros, y nos leía los pasajes que debían interesarnos y que podíamos comprender; ó bien cerrando los libros y los álbums, nos contaba leyendas, tradiciones y acontecimientos históricos relativos á los países que acabábamos de atravesar. Hablaba con los ojos fijos en los de Arturo, y era de ver el cuidado con que procuraba no expresar más que ideas claras, empleando palabras de fácil sentido.

Cuando las noches eran agradables hacia yo un papel activo; tomaba mi arpa, y bajado á tierra me colocaba á cierta distancia detras de un árbol, y allí

entonaba todas las canciones y tocaba todas las piezas que sabía. Arturo tenía mucho placer oyendo música en el poético silencio de la noche sin ver al que la ejecutaba, y muchas veces me hacia repetir los trozos que le causaban más placer.

Aquella vida era la suprema felicidad para un niño que, como yo, había dejado la choza de la tía Barberin para seguir por las carreteras al signor Vitalis.

¡Qué diferencia entre el plato de patatas con sal, mi rodriza, y las ricas conservas de frutas, los boudos, las cremas y los pasteles de la cocinera de Madame Milligan!

¡Qué contraste entre las largas marchas á pie, por el fango, bujo la lluvia ó abrasado por los rayos del sol, detras de mi amo, y aquel delicioso paseo en barco!

Más para ser justo conmigo mismo, debo decir que era más sensible á la felicidad moral que encontré en aquella nueva vida, que á sus gozos materiales.

En efecto, eran exquisitos los pasteles de Madame Milligan; sí, era muy agradable no experimentar hambre, frío, ni calor; ¡pero eran mucho más agradables para mi corazón los sentimientos de que estaba henchido!

Dos veces había visto rotos ó desatados los labios que me unían á los que yo amaba; la primera, cuando me arrancaron del lado de la tía Barberin; la segunda, cuando fui separado de Vitalis; otras tantas veces me había encontrado solo en el mundo, sin apoyo, sin sosten y sin más amigos que mis animales.

¡Cuánta alegría, cuánta felicidad para mi corazón que, como el mío, sentía tanta necesidad de amor!

¡Cuántas veces al mirar á Arturo extendido sobre su tabla, pálido y doliente, envidiaba su felicidad, yo tan sano y tan robusto!

No era el bienestar de que estaba rodeado lo que yo envidiaba; no eran sus libros ni sus hermosos juguetes; no era su lindo barco; era el amor que su madre le demostraba.

¡Cuán feliz debía ser al verse querido de ese modo, abrazado diez, veinte veces al día, y al poder abrazar él mismo con todo su corazón á aquella hermosa dama, á su madre, cuya mano no me atraía yo á tocar cuando me la alargaba!

Entonces me decía tristemente que no tendría madre á quien besar y que me besase. Quizás volver á ver á la tía Barberin, pero no podría decirle entonces: «¡mamá!», porque no era mi madre.

¡Solo! ¡yo estaría siempre solo!

Esta idea me hacía saborear con mayor placer la satisfacción que experimentaba al verme tiernamente tratado por Mme. Milligan y por Arturo.

No debía ser demasiado exigente para reclamar una parte de felicidad en el mundo, y puesto que jamás tendría madre ni hermano ni familia, debía ser celoso teniendo amigos.

Debió ser feliz, y en realidad lo era por completo. Sin embargo, por agradables que me parecían aquellas costumbres, no tardaron en quedar interrumpidas para volver á las pasadas.

## CAPÍTULO XIII.

NUESTRO EXPOSITO.

Rápidamente había pasado el tiempo en aquel viaje, y se acercaba el momento en que mi amo saliese de la cárcel. Esto me causaba á la vez tristeza y alegría.

A medida que nos separábamos de Toulonse, me atormentaba con más intensidad aquella idea.

Era delicioso dejarse llevar por el barco sin pena y sin fatiga, pero sería necesario volver á pié por el camino recorrido sobre el agua.



¡Solo! ¡Yo estaría siempre solo!

guándole cuánto tiempo necesitaría para volver á Toulonse, pues quería encontrarme delante de la puerta de la cárcel en el momento de salir mi amo.

Al oír que mis padres ocupaban de mi marcha, empezó Arturo á dar gritos.

— ¡No quiero que Kemi se vaya — decía mi amigo.

Hiciele observar que no era dueño de mi persona, que pertenecía á mi amo, al cual me habían alquilado mis padres, y que debía volver á su servicio en el instante mismo en que me necesitase.

Hablé de mis padres sin decir que no lo eran realmente, pues hubiera sido preciso confesar al mismo tiempo que era expósito.

— Mamá — no debemos permitir que Kemi se marche — dijo Arturo, quien, excepto en lo referente al estudio, donaba á su madre y hacia de ella lo que se le antojaba.

— Me agrada mucho tenerle á nuestro lado — respondió Mme. Milligan; — le habeis cobrado amistad y yo misma le profeso cariño; mas para eso se necesitan dos condiciones que no dependen de nosotros. La primera es que Kemi quiera estar á nuestro lado....

— ¡Ah! Kemi sí quiere — interrumpió Arturo; — ¿no es verdad, Kemi, que no queréis volver á Toulonse?

— La segunda — continuó Mme. Milligan sin esperar mi respuesta — es que su amo consienta en renunciar á los derechos que tiene sobre él.

— Kemi, Kemi primero — interrumpió Arturo señalando su idea.

Esto había de ser ménos agradable; se acabaron la buena cama, las cremas, los pasteles y las veladas en torno de la mesa.

Y lo que más me conmovía era la idea de separarme de Arturo y de Mme. Milligan; sería preciso renunciar á su afecto y perderlos como había perdido á la tía Barbería. ¿Es decir que yo no podía amar y ser amado sino para separarme brutalmente de aquellos con quienes hubiera vivido hasta la muerte?

Puedo asegurar que esta preocupación fué la única nube que oscureció aquellos radiantes días.

Por fin, me decidí á hablar á Mme. Milligan, pre-

Realmente había sido Vitalis un buen amo para mí, y yo le estaba agradecido, así por sus cuidados como por sus lecciones; pero no podía establecer comparación alguna entre la existencia que llevaba á su lado y la que me ofrecía Mme. Milligan. Además, y así me lo confesaba yo mismo con gran remordimiento, no se podía comparar el afecto que experimentaba por Vitalis con el que sentía por Mme. Milligan y por Arturo. Cuando pensaba en esto me decía que no estaba bien hecho preferir aquellos desconocidos á mi amo, pero no lo podía remediar, y así sucedía: amaba tiernamente á Mme. Milligan y á su hijo.

— Antes de responder — prosiguió Mme. Milligan — debe pensar Kemi que no le propongo solamente una vida de placer y de paseo, sino una existencia dedicada al trabajo; será preciso estudiar, permanecer inclinado sobre los libros y seguir á Arturo en sus estudios; hay que colocar esto en balanza con las libertades del campo.

— No hay balanza que pueda pesar esas dos situaciones — dijo á la dama — y os aseguro que comprendo todo el valor de vuestra proposición.

— ¡Lo ves, mamá! — exclamó Arturo; — Kemi accede.

Y se puso á aplaudir con toda su fuerza. Era evidente que yo le había aliviado su inquietud, porque cuando su madre hablaba de libros y de estudio, observé en su rostro señales de ansiedad. ¡Si me negaría! Este temor debió ser muy vivo para él, que tanta horror á los libros. Felizmente no me pasaba á mí lo mismo, y en lugar de asustarme me atraía el estudio.

Verdad es que hacía poco tiempo me habían puesto libros en la mano, y los que me dieron me causaron más alegría que tristeza. Por esto me causaba sumo placer el ofrecimiento de Mme. Milligan, y cuando la mostraba mi gratitud lo hacía con todo mi corazón. Si Vitalis daba su permiso no abandonaría el *Cisne*, no renunciaría á tan dulce existencia y no me separaría de Arturo y de su madre.

— Ahora — continuó Mme. Milligan — falta obtener el consentimiento de su amo; para esto voy á escribirle con objeto de que vaya á buscarnos á Cetto, pues no podemos volver á Toulouse. Le enviaré el importe de los gastos de viaje, y despues de explicarle los motivos que nos impiden tomar el camino de hierro, espero que acudirá á la cita que le doy. Si acepta mis proposiciones, ya no tendré que entenderme sino

con los padres de Kemi, que tambien deben ser consultados.

Hasta aquí habia seguido la conversacion con gran contento mio, como si un hada me hubiera tocado con su mágica varilla; pero las últimas palabras me trasladaron bruscamente del sueño en que me mecia á la triste realidad.

¡ Consultar á mis padres!

Seguramente dirian lo que yo trataba de que permaneciese oculto. Entónces aparecería toda la verdad. ¡ Era un niño abandonado!

Acaso ya no me querrian ni Arturo ni Mme. Milligan.

Estaba aterrado.

Madame Milligan me miró con sorpresa y se propuso hacerme hablar, pero yo me atrevi á responder á sus



Aquella noche, fué la primera noche mala que pasé á bordo del *Cisne*.

preguntas. Creyendo sin duda que lo que me turbaba de tal modo era el pensamiento de la próxima llegada de mi amo, no volvió á insistir.

Afortunadamente todo esto sucedia de noche, poco ántes de acostarnos, y pude huir de las curiosas miradas de Arturo, para encerrarme en el camarote con mis reflexiones y con mis tristezas.

Aquella noche fué la primera noche mala que pasé á bordo del *Cisne*; pero fué terriblemente larga y fatigosa.

¿ Qué hacer? ¿ qué decir?

No lo sabía.

Y despues de haber dado cien y cien vueltas á las mismas ideas, despues de adoptar las resoluciones más contradictorias, me detuve en la ménos digna; en no hacer nada ni decir nada.

Dejaría correr los sucesos, resignándome á todo lo que aconteciese.

Acaso Vitalis no quisiera renunciar á mí, y en este caso, al marcharme con él, no me vería obligado á descubrir la verdad.

Me espantaba tanto esta confesion, que llegué á desear ardentemente que Vitalis no aceptase las pro-

posiciones de Mme. Milligan, y que no pudiesen llegar á un acuerdo en aquel asunto.

Indudablemente era preciso que me separase de Arturo y de su madre, renunciando á verles otra vez; pero al ménos no conservarian de mí un mal recuerdo.

Tres dias despues de haber escrito á mi amo recibió Mme. Milligan su respuesta. En muy pocas líneas contestaba Vitalis que tendria el honor de aceptar la invitacion de Mme. Milligan y que llegaría á Cetto el sábado siguiente en el tren de las diez.

Pedí permiso á Mme. Milligan para ir á la estacion, y llevando conmigo los perros y el mono, esperé la llegada de mi amo.

Los perros estaban inquietos, como si tuvieran algun temor. *Joli-Cœur* permanecía indiferente, y yo estaba muy conmovido.

Me habia colocado en un rincon del patio, teniendo los perros en trailla y á *Joli-Cœur* debajo de la chaqueta, y esperaba sin darme cuenta de lo que ocurría á mi alrededor.

Advertíronme los perros que llegaba el tren y que habian olfateado á nuestro amo. De pronto me sentí

arrastrado hacia adelante, y como no estaba preparado, se saltaron los perros. Corrían y ladraban alegremente, y casi en el mismo instante vi que saltaban en torno de Vitalis, que acababa de aparecer con su traje habitual.

Más rápido, aunque era ménos ligero que sus camaradas, *Capi* se había lanzado á los brazos de Vitalis, mientras que *Zerbino* y *Doble* se aferraban á sus piernas.

Llegué á mi vez, y poniendo Vitalis en el suelo á *Capi* me estrechó entre sus brazos, por primera vez desde que estábamos juntos, diciendome al mismo tiempo que me abrazaba:

— ¡ *Buen día, querido carol!*

Nunca me había tratado mi amo con dureza, pero nunca estuvo tan cariñoso, y como no estaba acostumbrado á tales testimonios de afecto, me enterneci hasta al punto de verter lágrimas.

Le miré y vi que había envejecido en la cárcel; su estatura se había encorvado; su rostro había palidecido y sus bíblos no tenían ya color.

— ¡ Y bien! ¿ me encuentras cambiado, no es verdad hijo mío? — me dijo. — La cárcel es una mansión poco agradable y el fastidio una enfermedad terrible; pero todo cambiará en adelante.

Después, variando el pensamiento, añadió:

— ¿ Cómo has conocido á esa señora que me ha escrito una carta?

Entonces le referí cómo había encontrado el *Cisne* y cómo había vivido desde aquel momento con Madame Milligan y su hijo, todo lo que habíamos visto y todo lo que habíamos hecho.

Mi relato fué tanto más largo cuanto que tenía miedo de llegar al fin y de tocar una cuestión que me costaba, pues nunca osaría decir á mi amo que de esta estuviese de acuerdo con Mme. Milligan y con Arturo en lo relativo á estar al lado de ellos.

Pero no me vi obligado á hacerle esta confesion, porque acabé mi relato ántes de llegar á la fonda en que se había instalado Mme. Milligan. Por otra parte, Vitalis no me habló nada acerca de la carta que le escribió la madre de Arturo ni de las proposiciones que ésta le habíala hecho.

— ¿ Me espera esa señora? — dijo cuando entramos en la fonda.

— Sí; voy á conducirlos á su habitación.

— Es inútil; dime el número, y espérame aquí con *Joli-Cisne* y los perros.

Cuando mi amo hablaba nunca le replicaba yo, ni mucho ménos discutía sus órdenes; sin embargo, traté de hacerle una observacion para pedirle que me permitiese acompañarle, pretension que me parecia tan natural como justa; pero un ademan suyo me obligó á cerrar la boca, y le obedecí, quedándome sentado en un banco á la puerta de la fonda y rodeado por los perros. Ellos quisieron también seguirle, pero obedecieron como yo; Vitalis sabía mandar.

¿ Por qué no había querido que yo asistiese á su conversacion con Mme. Milligan? Di cien vueltas á esta pregunta y aun no había logrado responderme cuando vi que salía de la fonda.

— ¡ Vá y despídete de esa señora — me dijo; — aquí

te espero; dentro de diez minutos nos marchamos. Me quedé estupefacto y sin saber lo que me pasaba.

— ¡ Vamos! — dijo al cabo de algunos minutos; ¿ no me has entendido? ¿ Qué haces ahí quieto como una estatua? ¡ Despachemos pronto!

No tenía costumbre de hablarme con dureza, y desde que estaba junto á él nunca me había dicho cosa semejante.

Sin comprender una palabra me levanté maquinalmente.

Después de dar dos ó tres pasos para subir al aposento de Mme. Milligan, me volví, preguntándole:

— Pero.... ¿ le habeis dicho?...?

— Le he dicho que yo te necesito, y que tú necesitas de mí; por consiguiente, que no estoy dispuesto á ceder los derechos que tengo sobre tí; anda, y vuelve en seguida.

Estas palabras me infundieron algo de valor; pues de tal modo estaba dominado por mi idea fija de ser expósito, que creía que si debíamos marchar ántes de diez minutos era porque mi amo había dicho todo lo que sabía acerca de mi nacimiento.

Cuando entré en la habitacion de Mme. Milligan, encontré á Arturo llorando y á su madre inclinada sobre él para consolarle.

— ¿ Verdad, Kemi, que no os marchais? — exclamó Arturo.

Madame Milligan respondió por mí, diciendo que tenía que cumplir mi deber.

— He rogado á vuestro amo que os deje con nosotros — me dijo con una voz que hizo brotar lágrimas de mis ojos; — pero no quiere acceder, y no he podido convencerle.

— ¡ Es un mal hombre! — gritó Arturo.

— No, no es un mal hombre — dijo Mme. Milligan; — vos le sois necesario, y además me parece que os profesa verdadero afecto. Por otra parte sus palabras son las de una persona honrada y de rango superior á su condicion actual. Hé aquí lo que me ha dicho para justificar su negativa: « Quiero á ese niño, y él me quiere; el rudo aprendizaje de la vida que conmigo hace le será mucho más útil que el estado de servidumbre disfrazada en que se hallaría con vos y á pesar vuestro. Es indudable que le daríais educacion é instruccion; formaríais su inteligencia, pero no su carácter. Ya que yo puede ser hijo vuestro, lo será mío; esto será mejor que convertirle en entretenimiento de vuestro hijo enfermo, aunque me parece muy dulce y muy amable. Yo tambien le instruiré. »

— ¡ Pero si él no es padre de Kemi! — exclamó Arturo.

— Ciertamente, no es su padre, pero es su maestro, y Kemi le pertenece, porque sus padres se le han alquilado. Es preciso que Kemi le obedezca por ahora.

— No quiero que Kemi se vaya.

— Es indispensable que siga á su amo; pero creo que no será por mucho tiempo. Escribiremos á sus padres y me entenderé con ellos.

— ¡ Oh, no! — exclamé.

— ¿ Por qué no?

- ¡ Oh, no; os lo ruego !  
 — No encuentro otro medio, hijo mío.  
 — ¿ Verdad que no lo haréis ?



Me puse de rodillas delante de ella.

Estoy seguro de que si Mme. Milligan no hubiera hablado de mis padres, me habría detenido en des-

pedirme más de diez minutos que me concedió mi amo.

— ¿ Es en Chavanoñ donde viven? — continuó la dama.

Sin responderla me acerqué á Arturo, y tomándolo en mis brazos le besé varias veces, poniendo en mis besos todo el cariño que por él sentía. Luego, desdiciéndome de sus brazos y acercándome á Mme. Milligan, me puse de rodillas delante de ella, y le besé sus manos.

— ¡ Pobre niño ! — dijo inclinándose hacia mí. Y me besó en el frente.

Entonces me levanté con viveza, y dirigiéndome á la puerta, dije con voz entrecortada por los sollozos :

— ¡ Arturo, siempre os amaré con toda mi alma, á vos, señora, no os olvidaré jamás !

— ¡ Kené, Kené ! — exclamó Arturo.

No pude oír más; había salido cerrando la puerta.

Un minuto despues me hallaba junto á mi amo.

— ¡ En marcha ! — me dijo.

Salimos de Cette por el camino de Frontignan.

De este modo abandoné á mi primer amigo y me encontré lanzado nuevamente á las aventuras que hubiese podido evitarme si, no exagerando las consecuencias de una odiosa preocupacion, no me hubiera dejado trastornar por un temor desprovisto de fundamento.

#### CAPÍTULO XIV.

##### NIEVE Y LOROS.

Fué preciso volver de nuevo á llevar el paso detrás de mi amo, con la correa del arpa puesta sobre mi



Fué preciso volver de nuevo á llevar el paso detrás de mi amo.

hombre dolorido, caminando por las carreteras, sufriendo la lluvia y los rayos del sol, y zambulléndose en el barro ó en el polvo.

Fué preciso hacer el estúpido en las plazas públicas y reír ó llorar para entretener al respetable público.

La transicion era muy ruda, porque el hombre se acostumbra pronto á la dicha y al bienestar.

Experimenté repugnancias, enojos y fatigas que había olvidado despues de vivir dos meses la dulce vida de los seres dichosos de la tierra.

Cuando estaba al lado de Mme. Milligan me acordaba mucho de Vitalis, y junto á éste evocaba los recuerdos de la noble dama.

(Se continuará.)



# INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

## AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

### CAPÍTULO XX.

MALAS PERSPECTIVAS Y ANUNCIOS. — SE DESKNCADENA LA TEMPESTAD. — MANIOBRAS Á BORDO. — ANCLADOS EN ALTA MAR.

#### I.

General era la expectativa á bordo de los buques expedicionarios ante la inesperada aparicion de aquellas embarcaciones que tantas sospechas y recelos debían despertar en el ánimo del capitán Ballesta.

Sin embargo, nada agresivo ni hostil advertíase en ellas; avanzaban á media máquina, y no tenían propósito, al parecer, de adelantarse á las que les precedían.

El sol triste y pálido de aquellas latitudes mostró en el horizonte su disco resplandeciente, que esparció sobre las soledades del Océano austral sus amarillentas ráfagas de luz. Estaba el cielo despejado, pero sus tintas azules crecían completamente de vigor, como si se las observase á través de un prisma opaco ó estrivesen diluidas en un líquido turbio y lechoso. Con intermitencias irregulares, el viento alisio del N. O. soplabá en áquel momento, rizando apénas las olas.

Los rayos del sol reflejéronse de súbito intensamente á larga distancia de los buques.

Todas las miradas se dirigieron hácia aquel punto. Una enorme montaña de hielo, flotando en el mar, veíase á sotavento á poco más de tres millas; la luz solar reverberaba en ella con deslumbradores matices, que iban á herir después la superficie del Océano.

Segun los cálculos hechos á bordo del *Baltasar Ballesta*, dicha masa de hielo podría tener 100 metros de altura, 200 de anchura y como 1.000 de longitud.

El señor Pöy dedujo de estos datos, en el supuesto de que el témpano tuviese una forma regular, que su profundidad dentro del agua alcanzaría á 900 metros y su altura total á 1.000; cuya masa debía contener aproximadamente 800 metros cúbicos de hielo.

El jefe de la expedición, aunque vivamente preocupado por la presencia en sus aguas de aquellos buques, tomó con su octante la altura del astro del día sobre el horizonte, y hecho el cálculo con la estima para determinar su posición, dióle por resultado que se encontraba á 51° 15' de latitud S. y 16° 12' de longitud O.

Bien hizo el capitán Ballesta en practicar sus observaciones con cierta antelación, porque pocos instantes después oscurecióse la luz del sol, violentas ra-

chas del N. O. agitaron el oleaje, y espesas brumas empezaron á extenderse por la atmósfera en todas direcciones.

Antes de que se hiciese más impenetrable la brumazon, dispuso D. Félix que se izase á popa de sus buques la bandera de España. Las misteriosas naves, que parecían seguir sus pasos, no dieron respuesta alguna á aquella urbana demostración.

¿Pasaría desapercibida para sus tripulantes, á causa de la niebla, ó desdeñarían éstos corresponder á la invitación dando cuenta de su nacionalidad?

El sobrino de Mr. Crósbow ateniase á lo último, y no iba quizás descaminado.

La bruma entre tanto hizo más compacta, húmeda y fría; las olas engrosaban por momentos, y la virazon silbaba entre los mástiles con estridente sonoridad. Suele aparecer la Naturaleza más ruda é inhospitalaria en las regiones australes que en las del polo boreal.

El extraño carácter de aquellos climas produce variaciones atmosféricas tan rápidas y bruscas, que no es posible predecirlas. Sabido es que cuando el polo Norte se halla directamente opuesto é inaccesible á los rayos solares, entra el hemisferio meridional en plena estación de verano, lo cual se verifica el 22 de Diciembre.

Dicha extensión es á veces más cruda y despacible que los más rigorosos inviernos en el Norte de Europa. Repentinas borrascas de fuerza incalculable, que arrastran en pos de sí violentos torbellinos; avalanchas de agua, nieve y granizo; meteoros eléctricos y acuosos; vientos huracanados del O.; opacas nieblas que convierten el claro día en lóbrega noche; olas y mareas que alcanzan prodigiosas alturas; desordenados movimientos submarinos; corrientes desconocidas é impetuosas; frios que lielan y humedades que rinden la robustez y la energía del hombre: hé aquí el cortejo de siniestras aventuras que acompañan al audaz navegante en sus exploraciones por el Océano glacial del Sur.

#### II.

A tal extremo se condensaron las brumas, que unos á otros perdieronse completamente de vista los cuatro buques.

Parecía que las lobregueces de la noche llenaban la atmósfera. Sombras impenetrables, profundas, como las que envuelven el audaz explorador en las subterráneas cavidades de algún antro desconocido, rodeaban por todos lados al *Baltasar Ballesta*.

Podiera decirse que no navegaba sobre el mar, sino en el centro de una masa líquida, ménos compacta y trasparente que la de las salobres ondas. A fin de dar á conocer su situación al *Algeiras* encendi6se á bordo la luz eléctrica.

Inútil provision: los rayos luminosos del aparato de Bunsen sólo en muy reducido espacio comunicaron á la espesa bruma una pálida refracción, perceptible apénas á algunos metros de distancia. Los marineros que estaban sobre cubierta dejaban de apercibirse tan luego mediaban entre ellos algunos pasos.

Desde la borda del buque se veía la superficie del mar: parecia como que las partículas acusadas de la niebla se constanciaban con él, formando un todo compacto y homogéneo.

De repente, las ondas sonoras de la atm6sfera comoviéronse por el estampido de un cañonazo.

Era que, segun estaba convenido entre D. Felix y el capitán del *Algeiras*, éste disparó una de sus piezas para hacer notar su situación á la capitana. Algunos minutos despues, el cañon giratorio que llevaba emplazado en el castillo de proa el *Baltasar Ballesta*, hizo un disparo en contestacion al del otro buque.

Estas señales siguieron repitiéndose de tiempo en tiempo entre ambas embarcaciones.

Envuelto en un ancho impermeable, azotado por la llovizna de nieve y la desencadenada virazon, el capitán Ballesta, con imposable aspecto, repasaba en su espíritu los varios accidentes que aun podian surgir delante de él y empeorar la situacion.

Asido á la barandilla del puente, fijos los ojos en la aguja de la bitácora y en la rueda del gobernalte, atento á todos los ruidos que en torno suyo se producian, parecia como que algo más siniestro y terrible esperaba aún.

Tenia que en medio de las tinieblas en que navegaba fuese embestida su embarcacion por alguna de las que iban á retaguardia de él; temia asimismo, con harto fundamento, que las violentas rachas del Noroeste le hicieran derivar sobre el témpano de hielo avisado al amanecer, y que el *Baltasar Ballesta* se estrelase contra aquella inmensa mole.

La virazon entablábase cada vez con más fuerza; su huracanado empuje era ya irresistible; los truenos, los relámpagos, las avalanchas de nieve y de granizo sucedianse sin intermision.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto advirtió el capitán, que no quitaba ojo de la bitácora, que su nave cambiaba de direccion; que los esfuerzos de los timoneles para traerla á rumbo eran inútiles; que una fuerza prodigiosa la arrastraba hácia sotavento.

El capitán y algunos de sus oficiales corrieron á la banda de babor, y oclando al mar la corredera advirtieron que una corriente submarina, que hacia muchas millas por hora, impulsada por el viento, llevaba el buque á la deriva en direccion del S. E.

### III.

— ¿Qué sucede, mi buen amigo? — dijo en este instante una voz á espaldas del capitán.

— Ocurro, señor Poey — repuso el marino volviéndose — que el viento y una corriente rápida, desconocida nos atrastran hácia el enorme iceberg que tenemos á sotavento....

— Pero esas mismas causas llevarán tambien delante de sí y en igual sentido á la mole de hielo....

— Ciertamente; mas la goleta, en razon á su volumen, se mueve con mayor rapidez que el témpano, y más ó ménos pronto le alcanzará....

— Suponiendo que uno y otro constituyan extremos de una misma linea.

— Es de presumir que la corriente envuelva ya al iceberg entre sus inmensos pliegues. Pero si así no fuere y escapásemos á este peligro, nos amenaza otro no ménos aterrador....

— ¿Cuál? decid.

— Irnos de balandres sobre los escollos y arrecifes de las islas de Nueva Georgia, situadas en esa direccion....; Harémos cuanto humanamente sea posible por evitarlo!

Y saltando al puente, con estentóreas voces, que dominaban los múltiples ruidos de la tempestad, el capitán Ballesta exclamó:

— ¡A la vía el timón!; Dad á la máquina el grado máximo de presion, aunque corramos el peligro de que revienten las calderas!; Tres hombres á proa con el escandallo para sondear el fondo!; Prepárense las anclas! Oficiales, maquinistas y marineros apresúrense á cumplir estas órdenes.

El primer maquinista, que era un mallerquin de pelo en pecho, comprendiendo la situacion y el pensamiento de su jefe, hizo atestar de combustible los hornillos de la máquina. Negras y apelotonadas torrentes de humo, que surcaban mil y mil chispas brillantes, se escapaban á borbotones de la chimenea. Algunos minutos despues un movimiento de trepidacion sostenido, violento, inusitado, hacia retremblar todo el buque; el vapor huía entre agudos silbidos á través de las válvulas, y la hélice, batiendo con los rápidos las olas, aumentaba por instantes la fuerza de impulsión.

— ¡A la vía el timón!; á la vía el timón! — gritaba mientras tanto el capitán con vibrantes acentos.

Y los dos timoneles, aferrados á la rueda del gobernalte, pugnaban una y cien veces para poner la caña en direccion de la quilla del buque. Algo mejor que ántes lograban su propósito, porque la fuerza de traslacion que ent6nces llevaba la goleta auxiliaba poderosamente su difícil manioobra.

— ¡Treinta brazas!; Fondo de arena gruesa mezclada con partículas madropóricas! — gritó el contramaestré *Borrasca* en el castillo de proa.

Él y dos marineros acababan de recoger la sonda.

— ¡Avante!; avante! — exclamó el capitán.

Treinta minutos más tarde, gritó de nuevo el bravo contramaestré:

— ¡Veinte brazas!; Fondo de arena y casquijo!

— ¡Avante, avante! — repitió Ballesta. En su honrada fisonomía trasparentóse de pronto la más viva satisfaccion, la más consoladora esperanza.

## IV,

Un accidente fortuito suspendió por breves instantes la operación del sondeo.

Puesto de pié sobre la borda estaba un marinero dejando correr en el mar la cuerda del escandalló, cuando al hacer una guiñada (1) la goleta, fué derribado violentamente por una ola inmensa que se desplomó sobre el buque.

Borrasca y el otro marinero asieronse con oportu-

nidad á la jarcia y lograron resistir el empuje del turbión; su camarada, perdido el conocimiento por la rudeza del choque, yacía postrado en la cubierta; afortunadamente no estaba herido, y algunos tragos de ron le hicieron volver en sí.

Pasaron algunos momentos:

—¡Diez y siete brazas! ¡Fondo igual!—exclamó el contramaestre, que había por tercera vez echado la sonda.

—¡Avante! ¡Atentos al timón! ¡Atentos á las an-



Fuó derribado violentamente por una ola inmensa que se desplomó sobre el buque.

clas!—repuso el capitán, cuya mirada resplandecía en medio de la espesa bruma.

Como media hora después dejósé oír nuevamente la voz de Borrasca:

—¡Catorce brazas!—dijo.—¡Fondo de arena menuda!

—¡Basta!—exclamó D. Félix.—Mete á babor el gobernalle! ¡Arria las anclas!

(1) *Guiñada*: Declinación de la proa del buque hácia uno ó otro lado del rumbo que debe seguir.

Éstas y sus enormes cadenas desaparecieron rápidamente en medio de las olas.

—¡Cómo!—balbuceó admirado el doctor Poey.—¡Os determináis, capitán, á echar el ancla, en las circunstancias que os rodean, sobre un banco desconocido?.....

—¡Qué quereis! Era difícil cuando no imposible, que resistiese por mucho tiempo el *Baltasar Ballesta* al porfiado embate de las olas, del viento y de la corriente. Si logro mantenerme al ancla, escaparemos en verdad á los peligros que nos amenazaban ántes.

—¡Ah, mi excelente amigo! ¡Permitidme que os abraze y os ofrezca mis cumplidos! Sois un valiente y experimentado marino que honra á su patria. Habéis realizado un hecho que hará célebre vuestro nombre, porque en los anales marítimos no existe memoria de un caso igual....

—Os equivocáis, doctor: M. de Kerguelen, ilustre oficial de la marina francesa, mandando la urca *Fortuna*, en 1772, vióse un día en alta mar envuelto por tan furiosa borrasca, que no encontró mejor arbitrio para resistirla que arrojar el ancla á catorce ó quince brazas de profundidad, sobre la cúspide de una montaña submarina á la que denominó *Banco de la Fortuna*, situándolo del N. O. al S. E., á los 7° 16' de latitud S. y 55° 50' de longitud E.

—Decís bien, amigo mío; recuerdo perfectamente el caso. Pero ese único ejemplo no menoscaba, en verdad, vuestra gloria; la situación en que se halló colocado aquel valiente marino no era tan comprometida como la de nuestra nave; y hechos de tal especie mayor mérito alcanzan cuando en más difíciles condiciones se realizan.

## CAPÍTULO XXI.

SEÑALES CON EL «ALGECIRAS». — MISTERIOSA COLISION. — MAESE PEDRO Y URDEMALES. — ACCIDENTE ENSEPMADO.

### I.

—Dispensadme, Pocy—exclamó en aquel momento el capitán;—nuestro propio interés nos hace olvidar el de nuestros amigos....

—¡Ah, sí! ¿Qué será del *Algeciras*?

—Vamos á saberlo al instante. Venid conmigo á proa. Agarraos bien, que estos cabeceos del buque os harán, si no, rodar sobre cubierta....

Bajó del puente el capitán y dirigióse rápidamente al castillo de proa. Tropezando en unas partes y cayendo en otras, el digno sabio siguió á su amigo con cuanto prontitud le permitían sus enjutas piernas.

—¡*Borrasca!*—exclamó D. Félix á su fiel contra-maestre.

—Presente, mi capitán—contestó el marino, apareciendo en medio de la niebla.

—¿Hace mucho que no se oyen los disparos del *Algeciras* haciendo notar su presencia?

—¡San Telmo me valga!—tartamudeó el contra-maestre sacudiendo el agua de su capete. Yo me acordé y quise averiguar de la gente.... mas nadie supo decirme.... Ya se ve.... ¡San Telmo me valga! como hemos tenido tan dura faena á bordo....

—¡Es verdad! Haced con la colisa un disparo.

Comunicada la orden, tres marineros que estaban al servicio de la pieza y al mando de un viejo ex-cabo de cañón de la marina de guerra, acudieron inmediatamente á desempeñar su cometido. Bien pronto se dejó oír una detonación seca, vibrante, que conmovió las ondas sonoras del espacio ó hizo estremecer al buque desde la quilla al tope de los mástiles.

—¿Cómo sabréis—preguntó el señor Pocy—si algún cañonazo contesta al nuestro, que ha sido disparado á bordo del bergantín-goleta?

—Muy fácilmente, doctor—repuso Ballesta.—El

capitán Salinas, con el preciso intervalo de diez minutos, hará fuego por segunda vez.

—¡Ah! Bien, bien.... ¡Todo lo teneis previsto! Saco á relucir mi cronómetro, que, á fe de Pancho, no cede á ninguno en exactitud.... Esperemos.... Mucho tarda....

—Claramente....

Una detonación bastante apagada resonó en aquel momento; llegaba sin vibraciones, como si el disparo se hubiese hecho á larguísima distancia.

—¡Bravo, capitán! Son las seis y cuarenta.... ¡Atención! Ya han trascurrido cincuenta segundos.... ¡Con qué lentitud andan las manecillas!.... Esto me consume y.... ¡Angela María! como dicen en Cuba las gentes de Puerto Príncipe y de Bayamo.... ¡solo tres minutos han corrido hasta ahora!

Á pesar de las impacencias del sabio no aceleró el tiempo su curso. Ya suponía el digno hombre que su reloj andaba descompuesto, que debía aplicársele el calificativo de *caldronómetro*, cuando le sorprendió, reconciliándole con él, que coincidiesen en matemática exactitud la hora de seis y cincuenta minutos, que al fin señaló su muestra, y el lejano ramor de un segundo disparo.

Plácida sonrisa animó un instante las facciones del capitán.

—¡Bien, bien!—exclamó el sabio, palmoteando.—Ya sabemos del *Algeciras*.... ¡Ah! es excelente mi cronómetro de Losada, y me arrepiento de todo corazón de cuanto malo he dicho y pensado de él hace poco.... Pero, decid, Ballesta, ¿nos amenaza todavía algun peligro?

—Las anclas han agarrado en la arena del fondo y la goleta resiste admirablemente el mal tiempo. Solo una contingencia hay que temer....

—Decid, decid, amigo mío.

—Que seamos embestidos por el *Algeciras*, ó por alguna de esas dos embarcaciones que nos siguen....

—¿Qué habrá sido de ellas?

—No lo sé—prorumpió secamente el capitán. Después, modificando su aspero tono, y como si quisiera rechazar de sí tristes pensamientos, exclamó:

—Mi buen Pocy, ¿queréis hacerme un favor?

—Hablad, hablad pronto.

—No me es posible abandonar el puente. Id á la cámara y tranquilizad á mi pobre Clotilde en nombre mio acerca de nuestra situación, que es todo lo satisfactoria que en circunstancias tales pudiéramos apetecer....

—Acepto, acepto, amigo mío, esa comision, que es para mí altamente honrosa....

Y el digno hombre, con su ingénita vivacidad, precipitose por la escalerilla del puente, y en un tres estuvo que no rodase por ella.

### II.

Trascurrió la noche sin accidente alguno. Como en el día anterior, ántes del amanecer calmaron su furia los elementos; y las espesas brumas disolvieronse rápidamente, y al esparcir el sol sus primeras vislumbres sobre aquel extremo del esferoide terrestre, parecía

que la calma y la quietud más perfectas imperaban allí.

El *Algeciras* navegaba á nueve millas próximamente por el barlovento del *Baltasar Ballesta*. Más lejos aún, casi en el límite del horizonte, veíanse los misteriosos buques....

El primer cuidado de D. Félix fué marear la situación del extenso banco en el cual resistió al ancla, por buen número de horas, los embates de la tempestad.

Segun los repetidos sondeos que practicó, el banco formaba un plato de gran inclinacion, cuyo extremo mas alto podía hallarse á doce brazas de profundidad y el inferior á cincuenta.

Le dió el nombre de Buen Refugio y situóle entre los 52° 11' de latitud S., y los 17° 20' de longitud O.

Hallábase el sol á bastante altura sobre el horizonte; pero sus pálidas luces apenas templaban la excesiva frialdad de que parecía impregnado el ambiente.

Excepcion hecha de las embarcaciones á que me refiero, no se veía en cuanto abarcaba la vista hácia los cuatro puntos cardinales más que cielo y agua.

El enorme iceberg que tan fundadas alarmas despertó el precedente dia en los tripulantes del *Baltasar Ballesta*, había desaparecido; quizás las corrientes submarinas le arrastraron hasta los confines del polo.

Aunque las últimas veinticuatro horas habían sido de ruinísima prueba, la marinería del *Baltasar* sentíase animada del mejor espíritu; sin embargo, un extraño accidente ocurrido en la tarde de aquel dia hizo nacer multitud de recelos y desconfianzas.

Hé aquí lo que ocurrió:

Habiendo el *Algeciras* forzado su máquina hasta incorporarse á la goleta, como á dos cables de distancia, siguió navegando en conserva de este buque por largo espacio de tiempo. De repente, sería la una de la tarde, el bergantín-goleta sintió una sacudida tan fuerte, que muchos de sus tripulantes rodaron por la cubierta; parecía como que por la parte de proa había chocado la quilla en un banco de arena, tal vez en algunas construcciones madreporicas....

Profundamente alarmados los tripulantes, corrieron á las bandas del buque, é invadieron la proa y el timón, ansiosos de investigar la causa de aquel accidente; sus miradas no encontraron plausible respuesta.

Sólo advirtieron con sorpresa y admiracion indecible, que el mar, al rodear del buque, se teñía de sangre en una dilatada extension....

Por el telégrafo de señales comunicóse este suceso incomprendible al *Baltasar Ballesta*, y no hay que decir si el supersticioso instinto que, por lo común, forma el carácter de las gentes de mar en todos los países, veía ó no con aquel hecho suficiente motivo para presagiar y temer toda clase de infortunio.

Entregábanse ya los marineros de ambas navés á las más fatidicas suposiciones y comentarios, cuando

don Francisco Poej, que por todas partes se metía, oyó en el rancho de proa algunas de sus frases en aquel sentido, y se apresuró á calmar las inquietudes de todos, diciendo con su rápida verboria:

—Vaya, vaya, mis valientes lobos de mar, no merece el asunto que os preocupéis un solo instante. Lo ocurrido á bordo del *Algeciras* es un hecho natural y perfectamente explicable; su agudo tajamar chocó con el lomo de una ballena, y abriendo en él profunda herida....

—¿Pero es posible tal cosa, doctor?—exclamó un marinero de recalcitrantes crederas.

—Y tan posible, mis bravos camaradas. No suponáis que sean chirigotas (1) mías, ¿eh? Hablo formalmente. El hecho es real, positivo, y go el primero que segun las tradiciones marítimas haya ocurrido en la vasta extension del Océano....

—¿Cómo! ¿ya ha pasado eso mismo otras veces?

—Sí, intrépidos argonautas. Sin ir más lejos, el comodoro John Byron, mandando el *Delfin*, que montaba 24 cañones y 190 tripulantes, experimentó á la altura de la isla de Santa Elena, por los años de 1766 si no me es infiel la memoria, un accidente igual en todas sus partes al que se ha realizado á nuestra vista. Como ahora, la sangre que brotó de la ancha herida de la ballena tiñó entónces las aguas del mar en un considerable espacio; pero aquellas gentes apenas se impresionaron por semejante suceso.

Y recalcando las últimas palabras, el señor Poej volvió la espalda á los marineros, y se alejó de allí paso entre paso.

Esta encubierta censura, más que la realidad del hecho, reaccionó el desmayado espíritu de aquellos hombres, cuyo valor habíase aquilatado diferentes veces en medio de los rudos azares de que está sembrada la existencia del marino. Algunos momentos despues la tripulación del *Baltasar Ballesta* relasé á mandíbula batiente del lance ocurrido al *Algeciras*.

### III.

La navegacion en los mares polares está crizada de peligros; el andaz explorador camina de sorpresa en sorpresa; lo imprevisto, lo inesperado le rodea por todas partes; apenas ha salido de una terrible aventura, otra no ménos abrumadora le sale al encuentro.

Navegaba el bergantín-goleta cortando airoosamente con su agudo tajamar las procelosas aguas de los mares del Sur. La violencia de su encuentro con el océano no le habia producido desperfecto alguno.

Muchos de sus tripulantes mostráronse un si es no es refractarios á admitir las explicaciones que del pasado accidente les daba el doctor Poej, y las cuales fueron transmitidas por el telégrafo al capitán Salinas; pero á falta de solucíon más plausible aceptaron la del sabio, si bien algunos pensaban en su fuero interno que algo misterioso y amenazador encerraba aquella aventura.

(1) *Chirigotas*. En la Isla de Cuba se utilizan así las frases dichas en tono de chansa, como burlándose ó divertíndose.





EL DESTRUCTOR.

W. H. & C. S. P.



PUNTE COLGANTE DE HIERRO ENTRE NUEVA-YORK Y BROOKLYN.

Por lo demas, verificábase aquel día la navegacion en las mejores condiciones, dada la alta latitud en que se encontraban los exploradores.

Al tenue calor de los rayos solares tendieron los marineros sus ropas empapadas en agua; abrieronse las escotillas y los camaros y portales de las cámaras, para que se airease el interior de los buques; repartieronse trajes de más abrigo y se aumentó la racion de café y aguardiente, á objeto de combatir los efectos de la humedad, que suele ser tan perniciosa en aquellos climas.

Á disfrutar de lo plácido del día subieron sobre cubierta *Morse Pedro* y su travieso amigo *Urdenulax*.

Desde que empezaron á acentuarse los frios, el inteligente orangutan andaba sin sombra, como es uso vulgar decir.

Pasábase del día á la noche acurrucado junto á los hornillos de la máquina, á pesar de que, para preservarlo de la glacial temperatura de aquellas regiones, le habian puesto, por orden de su amo, un chaqueton de paño grueso, un pantalon de la misma tela y un gorro de marinero encasquetado hasta las orejas.

Si grotesca era ántes la facha de *Morse Pedro*, cuando el discreto lector cuánto promoveria á bilidad su nuevo aspecto con aquellos atavíos, á que no estaba acostumbrado. Apénas se vió con tan lucidas galas, corrió á la cámara, y ante el gran espejo que en ella habia admiróse á si propio en cuantas aptitudes y contorsiones son imaginables.

Después subió á la cubierta y empezó á pasearse con cierta gravedad é importancia.... Sin embargo, en medio de su satisfecida vanidad, mortificábase en grado sumo dos cosas.

Aquellos atavíos producian en su cuerpo extraña sensacion, impediánle la completa libertad de sus movimientos, y no le permitian el placer de rascarse; grata operacion á que tan aficionados se muestran todos los individuos de su laya.

Los marineros al verla pasar con tan cómica prosopopeya, soltaban el trupo á reír. *Morse Pedro* haciale mueca desdeñosa; tal vez diria para su chaqueton:—¿De qué se reirán estos bobalicones?

Pero lo que no pudo llevar con paciencia el día que me refiero, es que, apénas le apercebó con aquellos ringoragos su buen amigo *Urdenulax*, se fuera detrás de él, ladrándole con furia y aún arrojándole de vez en cuando algun mordisco, ora en los carcañales, ora en el flamante pantalon.

*Morse Pedro*, por via de amistosa advertencia, volvióse varias veces y miró con imponente gravedad á su burlesco camarada; pero éste creyó poder abusar entonces como otras veces hacia, y sin dejarlo á sol ni á sombra, continuó ladrando á más y mejor.

Comprometida, pues, la dignidad de *Morse Pedro*, resolvióse á inflingir un correctivo al imprudente *Urdenulax*, y no sé con cuál de sus empuñados hizo tal caricia, que un buen rato se llevó el sabueso quejándose de ella.

## IV.

Serian las tres de la tarde.

Pronto el astro de la luz desapareceria detras de la enorme barrera de brumas que iban acumulándose al Oeste.

Continuaban navegando en conserva los buques expedicionarios, y segun el cariz que presentaba el tiempo, la noche seria tranquila, si bien, como ya he indicado, en las regiones hiperbóreas no pueden predecirse sus cambios atmosféricos, porque lo imprevisto es lo que domina en ellas.

A bordo de las embarcaciones españolas observaban atentamente sus oficiales los movimientos de los misteriosos barcos que de tantos días atras parecian seguirles.

Aquella mañana, poco á poco habíase adelantado las dos naves, y en el momento á que me contraigo se hallaban como á tres millas, á barlovento, de los expedicionarios.

El capitán Salinas, desde el coronamiento de su bergantín-geleta, examinaba con un catalejo de gran alcance la distribucion interior, el aparejo, las bocas de artillería y el número de tripulantes de aquellos buques de vapor, que tan desagradablemente impresionaban al capitán Félix Ballesta.

Embebido en su investigacion estaba el excelente marino, cuando de pronto cayósele el antejo de las manos y viósele palidecer intensamente.

Un ruido espantoso, formidable, siniestro, retumbó en los entrepuentes del *Algeciras*; en medio de aquel fragor horrisono, que conmovió lentamente el buque, escucháronse horribles desgarramientos, ayes pavorosos, ruidos extraños y estridentes silbidos del vapor que en multitud de chorros se escapaba por todas partes.

El capitán Salinas y sus subordinados corrieron al lugar de la catástrofe.... ¡Qué espectáculo tan aterrador se presentó á su vista! En medio de la más heterogénea confusión de piezas retorcidas y astillados fragmentos de toda especie, velase el mutilado tronco de un maquinista y restos infernales y carbonizados de algunos fogoneros....

Renueno á concluir la pintura de aquel cuadro terrible.

El *Baltasar Ballesta*, ante tan grave acontecimiento, suspendió su marcha. Echáronse al mar las chalupas, y habiéndose embarcado en ellas D. Félix y el doctor Poej, que llevaba su botiquin y su bolsa de instrumentos quirúrgicos, se dirigieron al *Algeciras* á fuerza de remos.

Como si la catástrofe ocurrida en aquel bormoso buque hubiera sido una señal siniestra, las descomulgadas naves, esforzando sus máquinas, avanzaron á todo vapor....

(Se continuará.)

## EL DESTRUCTOR.

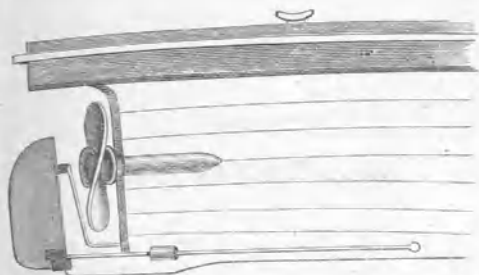
TORPEDO AMERICANO.

El sabio ingeniero sueco Ericson ha imaginado una nueva máquina de guerra, tal es *El Destructor*, torpedo americano.

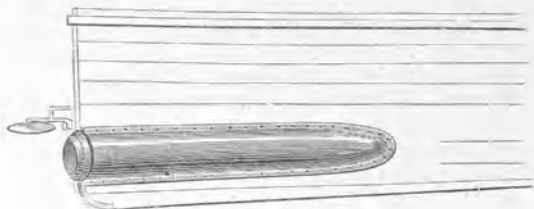
Nuestros lectores conocen el papel reservado á los

buques torpedos. Casi cubiertos por el mar, envueltos en la oscuridad de la noche, deben aparecer instantáneamente, herir á sus enemigos, y desaparecer.

Para conseguir el fin que se les ha asignado, que no es mediano, puesto que en algunos minutos puede aniquilar un navio de 12 ó 15 millones, se le han impuesto tres condiciones: la exigüidad, la docilidad y la velocidad.



Hélice y timón.

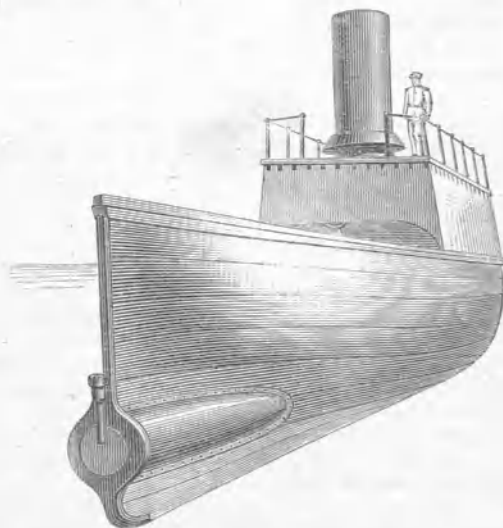


Alojamiento del torpedo.

La longitud de *El Destructor* pasa de 39,50 metros, y su ancho, así como su profundidad, tienen un poco más de 3,50 metros, lo que da á la longitud del casco una proporción de cerca de once veces su ancho,

y por consiguiente una facilidad mucho mayor para vencer la resistencia del agua.

Como muestran nuestros dibujos, *El Destructor* se compone de dos partes, un casco y una supraestructura.

*El Destructor*, visto de tres cuartos.

tura. Ésta empieza en el puente, á diez metros de la proa; está blindada.

Sólo ella con la chimenea que la corona se percibe, pues el casco, poderosamente lastrado, desaparece

enteramente bajo el agua. Las partes vitales del buque se hallan, pues, al abrigo de los proyectiles.

El timón se halla á 1,22 metros por debajo de la línea de flotación; está fijado á un tambor de hierro

forjado que se apoya en una prolongación de la quilla.

La rueda del timón está ligada por un cordaje metálico á una llave de cuatro miras situada en la parte posterior.

Se han instalado potentes ventiladores para enviar el aire á las partes inferiores del casco, con el fin de hacer allí posible la vida á la tripulación y á los hornos.

*El Destructor* ha sido construido en los *Delaware Ironworks*, en el Hudson.

En el ensayo ha alcanzado una velocidad de 13 metros por hora (1 nudo = 1.852 metros).

La máquina destinada á lanzar el torpedo se halla en la parte anterior del barco y es sumamente potente, imprime al torpedo una velocidad inicial de 82 metros por segundo. El proyectil es de 6,85 metros de largo, llevando 158 kilogramos de dinamita.

El costo de *El Destructor* es de 500.000 pesetas, cantidad pequeña si se compara esa cifra á la suma que representa un acorazado que *El Destructor* podrá destruir en algunos segundos.

## PUENTE COLGANTE DE HIERRO

ENTRE NUEVA-YORK Y BROOKLYN.

El día 24 de Mayo de 1883 tuvo lugar la inauguración del puente tendido sobre el río del Este (*East River*), uno de los brazos del Hudson, entre Nueva-York y Brooklyn.

En Marzo de 1853, un barco de pasaje fué arrastrado á gran distancia por los hielos del Hudson, sufriendo sus tripulantes muchas penalidades hasta verse en salvo.

Dicha desgraciada aventura inspiró al ingeniero máster John Roebling, la idea del gigantesco puente, y al poco tiempo se formó una Sociedad con un capital de 7 millones de dólares (35 millones de pesetas), para llevar á cabo tan grandioso proyecto.

Mister John Roebling fué víctima de su idea, pues habiéndose herido gravemente en un pié, al verificar un reconocimiento faentativo, se le declaró la gangrena en la herida y murió.

Su hijo, Mr. Washington Roebling jóven de veinticinco años de edad, contrajo una enfermedad gravísima al examinar los cincientos de las pilas, metido en una caja de hierro llena de aire comprimido, salvó la vida á cambio de una parálisis incurable.

Á pesar de esto, el jóven Roebling continuó dirigiendo los trabajos.

Las pilas del puente tienen sus cincientos en el fondo del río, sobre enormes cajas de hierro llenas de mampostería, con cemento hidráulico.

Encima de cada pila se eleva una torre de 92 metros de altura con dos arcos de 11 metros de luz; fueron concluidos en Mayo de 1875 la del lado de Brooklyn y en Julio de 1876 la del lado de Nueva-York.

Los cables de suspensión son cuatro, uno en cada orilla y dos en el centro. Están formados por un haz de 5.000 hilos de acero retorcidos unos sobre otros y abrazados con una espiral gruesa.

Otros cables, auxiliares también, de acero se apoyan en las torres citadas.

El pasadizo aparece dividido en cinco vías. Las dos exteriores para carruajes y caballos, las dos adyacentes para los trenes, y la central para los peatones.

Cada vía tiene seis metros de anchura, ménos la central que tiene cinco.

El costo total del puente ha sido 75 millones de pesetas; su longitud 1.995 metros; su altura en el área central, 46 metros.

## WATERLOO.

Hay á quince kilómetros de Brusélas una pequeña población compuesta de 3.500 habitantes. Á algunas millas de esta población fué donde tuvo efecto la caída del Imperio francés. Esta población se llama Waterloo.

Algunas casas y una sola calle la forman; á algunos pasos de ésta se halla la iglesia, construida en el siglo XVII.

Fuera ya de la población, y como á media legua de distancia, se encuentra el campo de Waterloo, donde el 18 de Junio de 1815 Napoleón perdió todo el prestigio que sus anteriores victorias le proporcionaron. Lo primero que se ve al bajar del carruaje es la llanura de Mont-Saint-Jean; hácia la derecha se ve el túmulo levantado despues de la batalla y coronado del león de bronce forjado con los cañones cogidos á los franceses. Avanzando aún más se ve hácia la izquierda la meseta de Mont-Saint-Jean, cuya posesion fué tan reñida, y cuya vertiente fué tan favorable á los soldados del ejército inglés.

Sobre una de las lomas se halla el monumento consagrado á cuarenta y dos oficiales hannoverianos que murieron en la batalla.

Al lado opuesto se levanta el monumento del general Gordon, que fué muerto al llevar las órdenes del general Wellington.

Á la derecha, y hácia el Oeste, se descubre el castillo de Hougemont, sus muros presentan un triste aspecto de desolacion. Cuatro veces fué perdida y vuelta á tomar por los ingleses esta mansion, en cuyo recinto perecieron de quinientos á seiscientos hombres.

Al lado opuesto se divisa en el horizonte el grupo de árboles donde Napoleón vió con desesperacion nuperecer las primeras columnas del ejército prusiano, al mando de Bulow, en lugar de las tropas de Grouchy, á quien esperaba.

Hácia el Este, y sobre una pequeña colina se eleva la Belle-Alliance, donde Wellington y Blücher se encontraron despues del combate, y donde, segun cuentan, dijo el general inglés al prusiano:



—Señor mariscal, sois el primer general del mundo, pues habeis vencido á Napoleon.

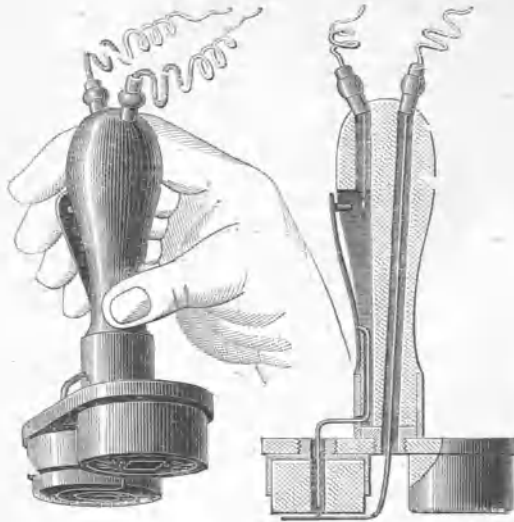
—La gloria de este día os toca á vos en primer lugar—respondió el mariscal.

Esto es lo que hoy queda de Waterlóo, de ese campo de muerte, teatro de la lucha postrera entre el despotismo imperial y el absolutismo de los reyes cubierto con la capa de libertad.

## NUEVO TIMBRADOR ELÉCTRICO.

Este aparato está llamado á reemplazar el tinte húmedo, usado en las oficinas de Correos para inutilizar los sellos de franqueo de las cartas.

En la parte inferior del aparato se halla un delgado hilo de platino, contorneado de manera que forme un dibujo ó una inicial. Esta parte del aparato es la que debe aplicarse á la superficie del sello que hay que inutilizar.



Nuevo timbrador eléctrico.

El hilo de platino está en comunicación con una pila eléctrica. Se cierra el circuito, oprimiendo un resorte con el dedo, como muestra el grabado.

El platino se enrojece, el papel contra el que se aplica se carboniza por el calor, y queda con una marca absolutamente indeleble.

Este ingenioso sistema puede utilizarse, no tan sólo en Correos, sino en toda casa de comercio que tenga que anular un gran número de timbres de facturas.

## QUESTION DE LENGUAS.

Hallábanse reunidos á la mesa de cierta notabilidad europea varios personajes muy conocidos en París y en el mundo por sus talentos y servicios al arte. Los banqueros y los políticos no faltaban en el banquete.

Entre todos aquellos personajes había dos, que se distinguían por el contraste que formaban: un diplomático alemán, que hablaba por los codos, y Leon Gozlan, el espiritual escritor, que no pronunciaba una palabra.

El diplomático se había empeñado en elogiar su idioma y no perdonaba medio de defenderle. Toda su conversacion se reducía á declarar que la lengua alemana era la reina de los idiomas del mundo.

—¡Oh, señores! perdonadme que me entusiasme de una manera que acaso os parezca exagerada—decía—pero no puedo ménos de defender el idioma más bello que han hablado, hablan y hablarán los mortales. No hay que dudarlo, señores, no hay que dudarlo; la lengua alemana es la más eufónica, la más sonora, la más expresiva, la más elocuente. No vacilo en creer que era la que debían de hablar Adán y Eva en el Paraíso.

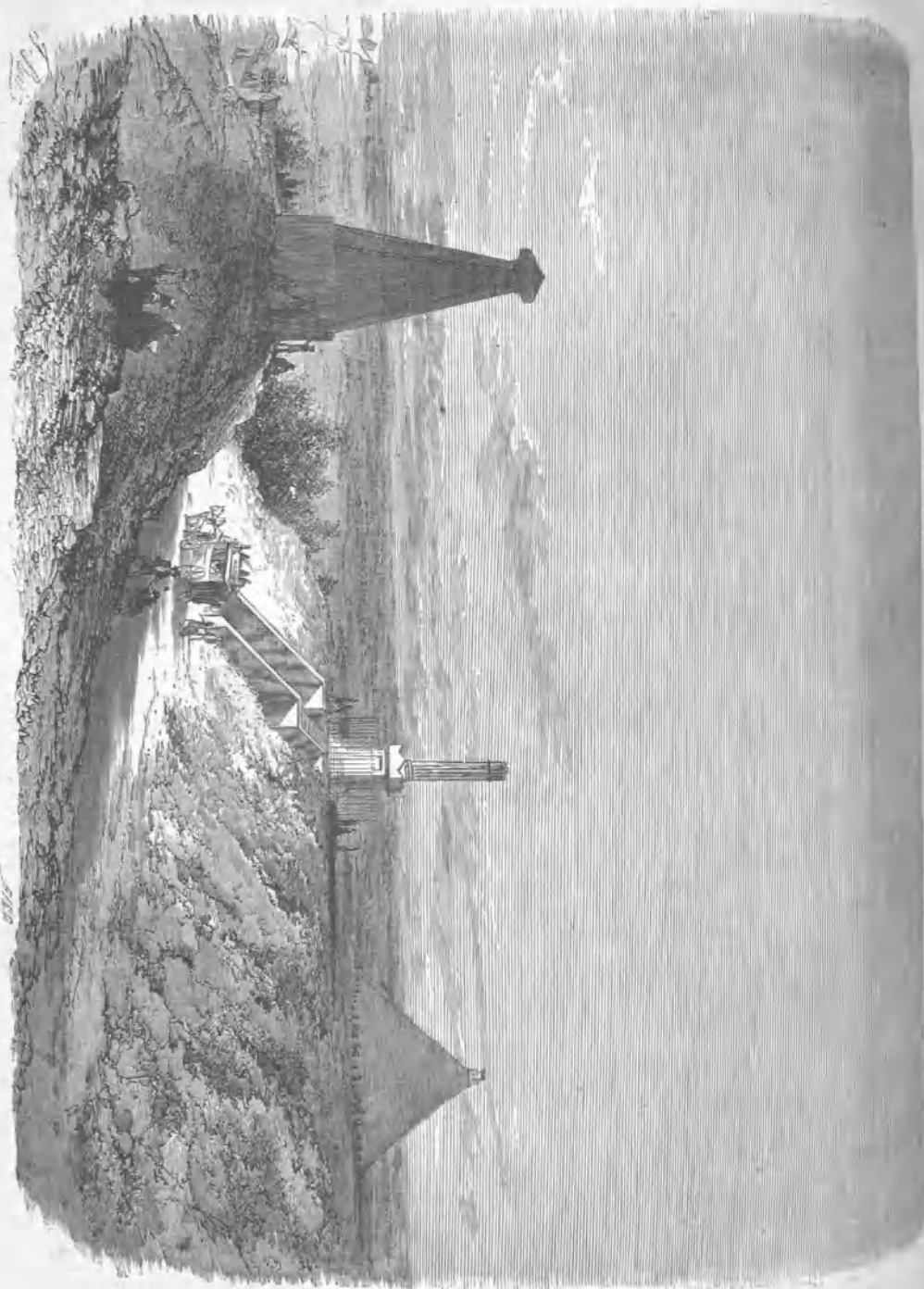
—Sí—dijo entonces Gozlan—y por eso los echaron.

ETSEBIO BLASCO.

## LOS MONOS.

La gran familia de mamíferos denominados monos (*simia*), forma por sí sola el orden de cuadrumanos, que comprende todos los seres que más se

WATERLOO.



asemejan á la personalidad humana, por su estructura general y su organización interna.

Entre los representantes más perfectos de la familia simián y los más degradados de la homínal existe á los ojos del pensador un lazo de unión tan estrecho, que es de todo punto imposible desconocerle y negarle; uno y otro viven eslabonados entre sí en la interminable cadena de los seres.

Considerando á los monos por los caracteres más esenciales de su organismo, se nota que, por lo común, tienen el cuerpo esbelto y máuéstranse más bellísimos posteriormente que en su parte anterior. Su sistema dentario, los órganos digestivos, respiratorios y circulatorios, así como los órganos de relación, tienen gran semejanza con los del hombre. Se alimentan generalmente de vegetales, y son sociables, pues viven en grupos compuestos de varias familias; las hembras suelen parir uno ó dos hijos, y muestran por ellos la más viva solicitud maternal.

Las costumbres de estos animales varían en cada especie; pero son generales á todas ellas los instintos de imitación, robo y astucia, y la extrema rapidez de ideas y movimientos; dominantes sólo sensaciones del momento; por esto se les ve pasar del mayor reposo á los más violentos accesos de cólera. Cuanto ménos edad tienen, máuéstranse más humildes, afa-blos é inteligentes; con los años suelen perder, en gran parte, estas buenas condiciones.

Estos cuadrumanos viven en los países cálidos; cuando se les trasporta á regiones frías perecen, por lo común, de tisis pulmonar.

Excepcionando el Peñon de Gibraltar, en que existe una especie de monos llamados *mayotes*, son completamente desconocidos en Europa. Los del Antiguo continente difieren en gran manera de los del Nuevo Mundo. Los primeros, *monos* propiamente dichos, carecen de cola ó la tienen muy escasa; tienen hocas bucales, callosidades en las nalgas, fosas nasales abiertas debajo de la nariz, y cuenta, como el hombre, veinte dientes molares. Los segundos poseen cola larga, asidera, y no presentan callosidades ni hocas bucales. Se les designa con el nombre genérico de *sapajás*.

En el antiguo mundo se hallan los *gibones* y los *orangutanes*, desprovistos de cola y cuya posición es casi vertical.

Estos monos (*simia satyrus*), cuando jóvenes, se asemejan al hombre más que otros. Los *chimpancés* (*trogloditas*), tienen los brazos cortos y se parecen mucho á los antecesores por su conformación y costumbres. Se defienden á palos y á pedradas del hombre, y aún suelen atacar á los elefantes. Los *gibones* tienen los brazos largos, aman extraordinariamente á sus hijos, y son susceptibles de cierta educación. El más terrible é impetuoso de todos los monos es el denominado gorila.

Los *lemnopithecus* se asemejan mucho á los gibones; los *marucos*, lascivos por excelencia, y más propios para andar á cuatro patas que para el salto; entre éstos se cuentan los *mayotes*, cuyos juegos divierten al público; los *cincofutos*, ó monos con colera de perro, y los *mandriles*, que por su hocio

y su aspecto de cuadrúpedo, forman el paso de los cuadrumanos á los otros órdenes de mamíferos.

Los monos del nuevo continente, ó *sapajás*, carecen, como antes se ha dicho, de callosidades en las nalgas y de hocas bucales; tienen larga cola asidera, y sólo cuentan treinta y seis dientes. Se dividen en dos clasificaciones: los de cola asidera, que comprenden los *abatós*, los *atós*, los *tilis*, etc., y los de cola no asidera, como los *saguinos*, *calitriches*, *ousitis*, y otras muchas especies.

El que representa nuestro grabado, de tamaño natural, existe actualmente en el jardín zoológico de Londres, y lleva el nombre de *titi pigmeo* (*haplorhina pygmaea*). Este mono es originario de determinadas regiones del Brasil y del Perú, en las cuales parece que vive como confinado, pues no se le encuentra en ninguna otra parte del mundo.

J. MORENO FURTES.

## FRANCISCO PIZARRO

EXCITA Á SUS COMPAÑEROS Á ENTENDER LA  
CONQUISTA DEL PERÚ.

Corría el año 1526 cuando Francisco Pizarro, asociado á Diego de Almagrú y Fernando de Luque, concibió el proyecto de hacer una expedición al Perú. Un solo navio y ciento doce hombres de tripulación era toda la fuerza con que Pizarro contaba.

Errante en esta primera expedición por islas y mares, despues de muchas penalidades y trabajos, reducido luégo á la situación más triste y desesperada en una isla desierta, con sólo trece hombres, comprendió Pizarro que era gran temeridad conquistar con tan poca gente un país tan rico y tan populoso como el Perú.

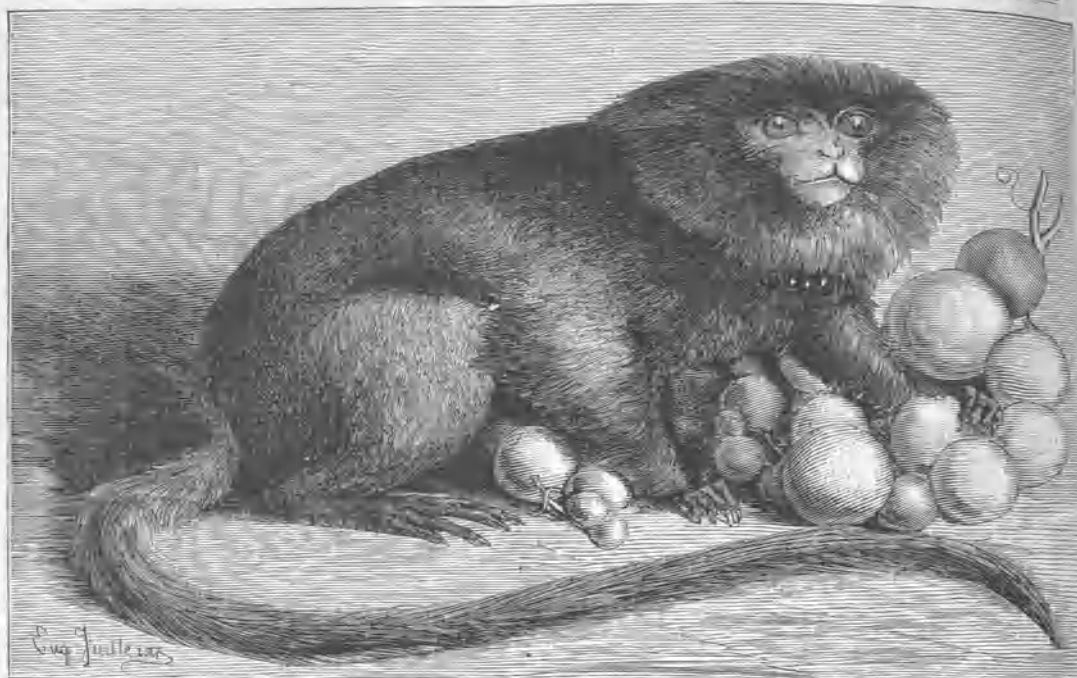
Decidióse, en fin, á volver á Panamá y despues á España, para pedir auxilios.

En un instante de desaliento en sus abatidos soldados tuvo Pizarro el siguiente arranque de genio.

Sacando su espada, trazó una línea en la arena de Este á Oeste. Luégo, volviéndose hácia el Sur, dijo: «Comaradas y amigos: esta parte es la de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez, de los aguaceros y desamparos; la otra, la del gusto. Por aquí se va á Panamá á ser pobres; por allá, al Perú á ser ricos. Escogid el que fuere buen castellano la que más le conviniere.»

La Historia afirma que ninguno de aquellos soldados quiso abandonar á su intrépido caudillo.

A esta heroica hazaña se refiere el grabado que hoy publicamos como suplemento, y que es copia del magnífico cuadro original del laureado artista don Angel Lizcano.



TITI PIGMEO (tamaño natural).

## EL TREN VIDA.

Nuestra existencia es un *tren*  
Que, del mundo en la *estacion*,  
Tiene por *máquina* al cuerpo,  
Con el alma por *vapor*.

Son las acciones los *rails*;  
La conciencia, el *conductor*,  
Y áun así, mil y mil *choques*  
Nos causa su *imprevisión*.

Tras la risueña *esperanza*,  
Ó de la ambición en *pos*,  
Marcha el *tren*, algunas veces,  
De una manera *veloz*.

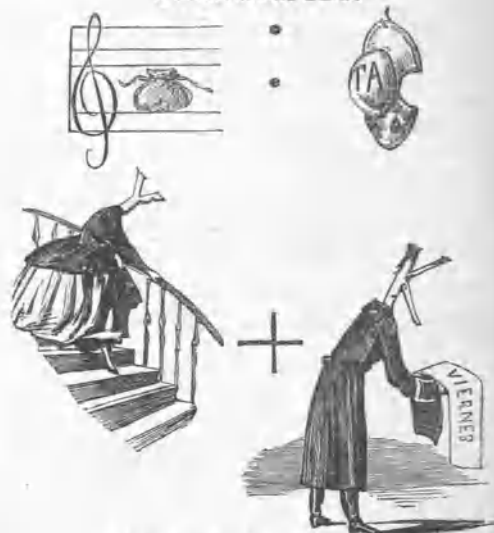
Hasta que resuena el *pito*  
Y cesa todo *rumor*.....  
Y es que, al fin, *descarriamos*  
En la postrera *manion*.

P. F. REYNAUDO.

Solucion á la charada del número anterior.

CAMISA.

## JEROGLÍFICO.



La solución en el número próximo.

## SUMARIO.

GRABADOS.—Francisco Pizarro excita á sus compañeros á emprender la conquista del Perú, cuadro del Sr. Lizcano.—El Destructor.—Puente colgante entre Nueva-York y Brooklyn.—Héroe y tímido.—Alejamiento del torpedó.—El Destructor, visto de tres cuartos.—Nuevo timbrador eléctrico.—Waterloo.—Titi pigmeo.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.—Jeroglífico.

TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—El Tigre blanco, Luis Boussenard.—Sin familia, Hector Malot.—Ingleses y españoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—El Destructor.—Puente colgante entre Nueva-York y Brooklyn.—Waterloo.—Nuevo timbrador eléctrico.—Cuestion de lenguas, Eusebio Blasco.—Los Monos, Moreno Fuentes.—Francisco Pizarro.—El tren vida, P. F. Reynaudo.—Solucion á la charada.